



III

III CERTAMEN DE POESÍA Y  
RELATO GUILLERMO  
FERNÁNDEZ ROJANO

III Certamen de Poesía y Relato  
"Poeta Guillermo Fernández Rojano"  
Ayuntamiento de Orcera

Tercera edición: Agosto 2023  
Depósito Legal: J-506-2023  
ISBN: 978-84-09-53322-0

Diseño: Ayuntamiento de Orcera  
Coordinador: Sergio Rodríguez Tauste

Maqueta, Imprime y Encuaderna: Imprenta Albagrafi  
Tlf. 953 48 60 72  
Mtra. Emilia García, 4 23360 La Puerta de Segura (Jaén)

Portada: Ayuntamiento de Orcera

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin los permisos expresos de los autores.

## PECADITO

*Yo tengo un pecadito chiquitín  
y no quiero que nadie lo sepa.  
Adoro a tres diosas:  
La noche, mi Tuna  
y una que tiene  
los ojitos claros  
igual que los mares de Grecia  
(que yo nunca he visto).  
Aunque creo que  
ni el Santo Padre  
se me enfadaría,  
no quiero que nadie se entere  
que gobiernan mi vida tres diosas:  
La Noche, mi Tuna  
y una que tiene  
los ojitos claros  
igual que los mares de Grecia*

Emilio de la Cruz Aguilar  
*Beca Roja* (1972)



## **Presentación**

La III edición del Certamen del Poesía y Relato "Guillermo Fernández Rojano" ha contado con un total de 44 participantes que han presentado un total de 49 propuestas a concurso procedentes de todo el país. Para un municipio pequeño, como es el nuestro, es realmente satisfactorio descubrir el alcance y repercusión que tiene nuestro certamen. Este año hemos recibido dos propuestas que vienen desde Cuba y Venezuela, lo que ha supuesto por primera vez la internacionalización de nuestro certamen.

Desde el Ayuntamiento de Orcera queremos felicitar a todos los participantes por la gran calidad de sus obras y por contribuir a fomentar la creación literaria. Las obras ganadoras de esta edición están contenidas en este libro para disfrute de los lectores a los que les pueda llegar esta publicación que ahora tienes en tus manos.

Sergio Rodríguez Tauste

Concejal de Cultura del Ayuntamiento de Orcera



III Certamen de Poesía y Relato  
“Poeta Guillermo Fernández Rojano”  
Categoría General





*Los sin nombre*

Eduardo José Viladés Fernández de Cuevas

La Rioja

Primer premio modalidad relato  
III Certamen de Poesía y Relato  
“Poeta Guillermo Fernández Rojano”



## LOS SIN NOMBRE

En aquellos días mi realidad era acogedora y me gustaba volver a ella tras una pesadilla o un mal sueño. Incluso me agradaba mirarme en el espejo. Todo cambió cuando mi hijo se fue de casa a los 18 años para instalarse en una residencia de estudiantes en Valencia. Sabía que triunfaría en la vida, pero tenía pánico de que su gran preparación e inteligencia fuesen su perdición.

En Valencia, Pedro observaba desde la ventana cómo sus padres se alejaban cabizbajos camino del aparcamiento. Tenía la sensación de que le habían dejado en un campo de concentración. Le gustaba verse solo en una ciudad extraña, si bien las dudas acerca de su capacidad para hacer amigos y para subsistir se acrecentaban. Con 18 años, no conocía a gente de su edad. Su rincón de esparcimiento y ocio se había reducido hasta ese momento a pasear con sus padres por el centro de Orcera, visitar a su familia en Jaén capital y estudiar sin parar.

Escribir era su válvula de escape. Reemplazaba al mejor terapeuta que pudiese existir. A veces, incluso utilizaba la literatura para vengarse de quienes le insultaban o vapuleaban en el colegio. Como no se atrevía a plantar cara a los pendencieros, expresaba lo que sentía en obras de teatro y ensayos en los que él mismo se erigía como juez que destrozaba dialécticamente a sus compañeros de clase y les condenaba a vagar por el hades sin billete de regreso. Le aterraba contemplar el pasado desprovisto de máscaras narrativas, quizá porque su pasado nunca había sido halagüeño y tenía que inventarse uno nuevo. Era tal el maremágnum de sensaciones que

bullía en su interior que cuando su mente fabuladora no escribía relatos de ficción empezaba a fabular con la realidad.

Pedro pensaba que lo más importante no era cómo vivir nuestra vida, sino cómo contarla. A nosotros mismos y a los demás. En su opinión, ese era el único modo de dar un sentido a los errores, al dolor y a la muerte. Había escrito su primer cuento a los cinco años y lo tituló La casita de las fresas. Su profesora, Julita, le llevó de la mano por todo el colegio para que explicara a los mayores de quinto de EGB cómo a la reina Fresun le gustaban tanto las fresas que para que no se gastasen nunca había recubierto las paredes de su palacio de fresones enormes que se reproducían por arte de birlibirloque cada vez que se comía uno. Algo así como un ladrillo-fresa con vida propia. Fue en ese momento cuando empezó a ser consciente de que era especial, sin duda la peor de las jaulas que uno puede construirse a su alrededor en un país en el que

la diferencia de pensamiento y actitud se paga con la pena capital, en el que no está bien visto salirse de las normas establecidas, donde la envidia es el deporte nacional, donde la mansedumbre de pensamiento campa a sus anchas, donde la gente se mueve con tres o cuatro patrones establecidos por un demiurgo de andar por casa, donde lo mediocre vende, donde no queda más remedio que creer en el poder de la invención para destilar las verdades esenciales y sobrevivir...

Su madre solía regañarle diciendo que la arruinaba a teléfono cuando pasaba por su habitación y le escuchaba hablar en diferentes idiomas y con tonos de voz distintos, según el día y en función de su estado anímico. Se comunicaba con un mundo paralelo creado en su interior lleno de druidas y de duendes mágicos. A veces no podía

parar de reír de la vorágine de ideas y de tonterías que se agolpaban en su cabeza sin ninguna razón aparente. De hecho, imaginaba su vida como el tráiler de una película, con sus títulos de crédito, sus caracteres difuminados y música de fondo, siempre con Orcera como testigo silencioso. En Valencia, a las pocas semanas de comenzar la Universidad, conoció a Eugenia.

- Hablaba a trompicones, como una ametralladora cargada desigualmente. Te soltaba doscientas ideas en medio segundo y, acto seguido, se quedaba callado media hora, aunque sus ojos seguían hablando. Cuando me contaba esas cosas tan estrambóticas pensaba que estaba colgado o le daba al jaco- asegura su amiga.

- Yo soy su madre y sigo pensándolo.

- La verdad es que cuando había mostrado ese sentido del humor tan peculiar en medio de clase mis compañeros me habían censurado.

- Incluso los profesores. No lo olvides, Pedro- recuerda su madre.

- Es verdad, mamá. Esto hizo que fuese rechazando inconscientemente todo contacto con mis compañeros y que empezara a pensar que era un chico raro, que tenía una especie de estigma para no ser querido.

Hasta el comienzo de su etapa universitaria, su vida se resumía en tres palabras: nunca, nadie, nada: Nunca nadie había hecho nada por él. Creció con el convencimiento de que él mismo era lo único que tenía. Y, aún así, se trataba mal. Era un chaval muy sensible, todo le afectaba sobremanera: una mirada de soslayo, un comentario al margen, un roce de alguien en medio de la calle,

una mala crítica. Un cóctel explosivo para un adolescente que buscaba la aceptación en un entorno hostil. No había ido jamás a una discoteca, ni se había emborrachado, ni había salido con chicas. En este sentido, tantos años de inmovilidad le habían cubierto de una pátina de sobriedad que le hacía aparentar más edad de la que tenía. En el colegio, solía esconderse en la capilla del sótano para que la media hora del recreo pasara lo antes posible y evitar los insultos de sus compañeros. Se sentaba en uno de los bancos de madera, con la luz apagada y la sombra del crucifijo del altar acechándole desde lejos, y pensaba en su porvenir, en lo que le gustaría ser de mayor, en cómo sería su vida, en los besos que estaban por llegar y en las personas que se encontraría por el camino. Era el único lugar en el que sentía que su existencia no era una equivocación. Entabló mucha amistad con el padre Moreno, profesor de Química y responsable de la biblioteca de la escuela. El profesor se había fijado en él y le había animado a que le visitara alguna tarde. Al principio, Pedro estaba temeroso. Era consciente de que algunos maestros le tildaban de "raro" e incluso el tutor del centro había llamado por teléfono a sus padres para hablar de su carácter taciturno, de ahí que desconfiase del interés del sacerdote en conocerle. Poco a poco, sin embargo, fue adquiriendo confianza con el padre Moreno. Enjuto, de rostro imperturbable, con una edad indefinida y unos ojos negros que escondían innumerables experiencias fruto de sus años de misionero en la Amazonia brasileña, el padre Moreno se convirtió en su mentor. Nunca llegó a conocerle del todo, tenía un alma nublada y una mirada gastada, pero eso daba igual, le bastaba con que fuese consciente de su existencia.

La biblioteca del colegio estaba situada al lado del gimnasio. Era un antiguo edificio de ladrillo rojo con ventanas muy pequeñas que apenas dejaban entrar la luz.

El interior olía a añejo, a polvo, a lomo de libro antiguo, con centenares de ejemplares agolpados en las estanterías, distribuidas en forma de U y tan altas que llegaban hasta el techo. Los altos mandos del colegio habían relegado al padre Moreno a la biblioteca cuando había vuelto a casa después de 20 años en el bosque tropical más grande del mundo. Rodeado de libros y sentado en una esquina de la biblioteca, Pedro aprendió a devorar a los clásicos en compañía del padre Moreno, quien le contaba con voz seca y perentoria sus experiencias en Sudamérica y cómo había perdido una fe que después recuperó al hacer análisis de conciencia consigo mismo. Se dejó enamorar por el ansia de Plutarco, por el preciosismo de Baudelaire, por la magia de las novelas de amor de Edith Wharton, por el universo femenino de Tolstoi.

“Hay amores tan bellos que justifican todas las locuras”, le solía decir el padre Moreno cuando se acercaba a la pequeña mesa en la que Pedro leía los libros que él le recomendaba. El cura había vivido con la tribu de los awás. Se trataba de una comunidad que vibraba al ritmo que lo hacía la tierra. Cuando un niño nacía, no se le daba un nombre hasta pasados unos cuantos años. El nombre le identificaría para el resto de su vida. En función de sus gustos, su carácter y la conexión que estableciese con el entorno se le pondría un nombre u otro. Solía ser a los diez años, en la ceremonia del solsticio de verano, cuando varios niños de la tribu se reunían en presencia del hechicero, quien les bautizaba oficialmente. Así no estaban marcados desde el nacimiento, sino por su experiencia, sin etiquetas... De ese modo transcurrió la relación entre el joven Pedro y el padre Moreno. Se basó en el arte y la literatura, en la libertad y en la ausencia de muros que sepulten el pensamiento. A Dios siempre le dejaron en paz. De forma inconsciente por su obsesión a que le hiciesen daño, Pedro tejió a su alrededor una



especie de límite territorial al que no permitía que nadie accediera. A menudo, esa estrategia hacía que se sintiera mal y le dejaba aislado y solo. A pesar de su juventud, tenía el rostro revestido de la templanza que solo otorga el dolor, los ojos cansados, apagados, ojos de aquel que siente que ha dejado más camino atrás del que tiene por delante, de quien ha quemado todas sus ilusiones. Incluso vestía de modo anónimo y mantenía la postura de quien no sabe ocupar el espacio de su propio cuerpo...

Cuando uno se ha perdido dentro de sí mismo no tiene más remedio que buscarse fuera. El problema surge cuando fuera no hay nada, cuando no se puede volver a los lugares visitados en el pasado porque no existen, porque la vida se reduce a una fábula mal escrita, cuando la verdad se convierte en una lábil y escurridiza habitación de la que se han perdido las llaves. El problema es que el pasado, por mucho que uno se empeñe en decir que está hueco, nunca es inofensivo. Siempre he confiado en la bondad de los desconocidos. La famosa frase de Blanche al final de *Un tranvía llamado deseo* bien podría aplicarse a Pedro. Y es que Pedro se encontró en Eugenia, llevaba años mirándose en el espejo sin ver nada. Gracias a ella, recuperó la visión. Como suele suceder con las cosas más importantes, apareció de la nada, sin previo aviso, y Pedro se arriesgó a conocerla.

- Consiguió salir de un túnel oscuro en el que se encontraba sumido desde hacia mucho tiempo. Podría decirse que Eugenia fue el revulsivo que necesitaba para aceptarse tal y como es, con sus limitaciones y sus virtudes, sus defectos, sus manías y sus fobias. Digamos que ella fue el peaje gracias al cual Pedro pasó de la pubertad a la edad adulta. ¡Menos mal que ella consiguió que fuese un pelín normal!

- ¡Mamá, por favor!

- Soy tu madre, sabes perfectamente que tengo razón. ¡No me contestes!

Ambos se salvaron. Con denuedo, Eugenia aprendió mucho de la locura sana de Pedro, de su particular visión del mundo, de cómo se dejaba llevar sin importar el qué dirán, de su manera de deslizarse por el camino sin cerrojos ni ataduras. Para él, lo único por lo que merecía la pena vivir era la libertad de pensamiento. Pedro, por su parte, comenzó a quererse a sí mismo gracias al amor que le profesaba Eugenia. Hasta ese momento, su vida se componía de una rutina elaborada minuciosamente para escabullirse del dolor. Pero la rutina entierra el ánimo, la ilusión y, finalmente, la esperanza... De todos modos, algo peor que la rutina es la ausencia de posibilidades. Eso es lo que sentía. Las personas necesitan posibilidades, aunque no las usen, aunque permanezcan encerradas en la jaula que se han construido. Eugenia consiguió que Pedro volviese a tener posibilidades... Se conocieron en clase de una asignatura de libre configuración a la que acudían estudiantes de diversas carreras. Lo suyo no fue amor a primera vista.

- Rompí en mil pedazos tu número de teléfono cuando me lo diste.

- Te vi hacerlo cuando me di la vuelta.

-Te veía como el típico marisabidillo con mentalidad cerrada de cortijo que había venido a mi tierra para contaminarla. No te puedes figurar la pereza que me dabas. Orcera me sonaba a pueblo de novela barata de caballerías, no sé, algo como muy rural y aburrido, ¿dónde diablos estaba ese sitio?

- Cariño, eres valenciana, con ese carácter champán que os caracteriza, es decir, hoy te amo, mañana te escupo, no es que la nobleza sea vuestra seña de

identidad. Haré como que no he oído nada.

- Haces bien.

Si en Orcera, donde contaba con el apoyo de su familia, la vida de Pedro se había reducido a un par de libros y charlas con el padre Moreno, ¿qué sucedería en una ciudad nueva? Pensaba que le atenazaba el estigma de no ser querido y que su inquieta mente, que mezclaba contenidos sin parar, provocaba el rechazo de los demás. Como los personajes de El mago de Oz, se dejaba llevar a universos inventados en los que no existía el dolor ni las etiquetas, universos sin leyes, sin normas y sin Estado. Siempre había pensado que hay que apoyar a los que son diferentes y luchan contra aquellos que quieren que sean iguales. Estas ideas, junto con su modo de describir la realidad, causaban estupor en la mayoría de la gente. Le tenían miedo.

- Se te va un poco la cabeza, ¿verdad?

- Esto fue lo primero que me dijiste dos semanas después de darte mi número de teléfono.

- Me parecías muy curioso, ahí solo en medio de clase hablando en voz alta contigo mismo, sacando un bolígrafo y anotando tus pensamientos sin parar en un folio que guardabas cien veces en la mochila para sacarlo otras tantas.

Pedro nunca olvidará los primeros meses al lado de Eugenia y su grupo de amigas. Se sentía como un niño grande que asistía embelesado a lo que era normal para el resto de los mortales: el primer café, el primer cine sin sus padres, el primer paseo más allá de la tradicional vuelta por la Ermita del Calvario, la primera discusión por cosas intrascendentes, la primera borrachera, la primera noche hasta las tantas. Nosotras alucinábamos porque todo le parecía novedoso y fantástico. Recuerdo que nos daba las

gracias cien veces por tomar un café con él. Además, llevaba unas gafas tan grandes que daba la sensación de que vivía en un asombro permanente. Sin darse cuenta, fue dando rienda suelta a su imaginación y su yo auténtico. Su sentido del humor, valleinclanesco, salvaje muchas veces, fluía sin cortapisas en compañía de Eugenia, quien no le juzgaba por lo que decía ni por cómo se expresaba. Simplemente, le dejaba ser. Al acabar los estudios universitarios, Pedro emprendió el camino al que estaba predestinado, volar alto y descubrir nuevos mundos. Durante muchos años vivió en Reino Unido y fue enviado como corresponsal de prensa y televisión a Líbano, Francia e Italia. Combinaba su trabajo como reportero con la composición de textos teatrales y narrativos. Su nombre era conocido en los círculos culturales y acumulaba decenas de esculturas y premios por sus escritos. En su corazón siempre llevaba a Eugenia, su salvoconducto para la felicidad o, al menos, para la infelicidad tranquilizadora. La conexión entre ambos fue mayor cuando ella se trasladó a Orcera por motivos profesionales.

- ¿Te acuerdas? ¡Cómo pasa el tiempo!- rememora Eugenia.

- Recuerdo que te llamé tonta cuando me comentaste que ibas a alquilar un piso entero para ti sola cuando tenías la habitación de Pedro vacía- dice la madre.

- Gané una familia.

- Habían pasado muchos años de aquella tarde en Valencia cuando dejé a Pedro en la residencia de estudiantes y, como por arte de magia, recuperaba a ese hijo perdido bajo el nombre de Eugenia.

- ¿Hijo perdido? Desde luego, mamá, qué exagerada eres. ¡Ni que estuviese en la selva con Sendero Luminoso al acecho! Vivía en Londres- recalca Pedro- Yo

había ganado una hermana. Cuando llamaba desde Reino Unido para hablar con vosotros, también charlaba con Eugenia y con Iván.

- Lo que me podía reír cuando Eugenia intentaba llamar por teléfono a la centralita del bloque de pisos en el que vivías en Londres. "Jalou, can I espi wit Pedro? Güi col from Espein an mai neim is Eugenia!".

- Yo hablé inglés de escándalo, soy casi nativa.

- Claro, bonita. Anda, sal a la calle a tirar un par de petardos que te veo tensa.

Nada más conocer a Eugenia, Iván, el hermano de Pedro, la aceptó en su mundo. Era la prueba de fuego definitiva. Iván tiene una discapacidad mental y posee un sexto sentido para detectar a las buenas personas y rechazar a quienes no tienen un corazón puro. De pelo negro rizado, tez blanca como la leche y una barriga prominente fruto de ponerse morado a gominolas, en aquel momento Iván era un retaco que apenas hablaba y escrutaba lo que le rodeaba con sus inmensos ojos azules. Entrar en el universo de Iván no era complicado a primera vista, simplemente había que darle amor y cariño y tratarle como a un igual, con humildad y respeto. Eugenia lo consiguió desde el momento que le conoció.

- Guardo un recuerdo imborrable de los años que vivimos juntas, Montse.

- Lo pasamos muy bien y tú sabes por qué.

- Aprendí a ser yo misma.

- Más cerrada no podías ser, hija mía.

- Siempre decías que la amistad de mi hijo te había salvado de caer en el fango pero era casi imposible saber a qué fango te referías.

- Yo aún sigo descubriendo hoy en día cuáles son sus secretos. Es un hueso duro de roer.

- Bueno, ya vale, es cierto, soy mucho más cerrada que vosotros dos. No soy tan folclórica.

Eugenia pasó tres años en casa de los padres de Pedro en Orcera. Lo que nunca había conseguido expresar ante su madre lo consiguió con la de su amigo. Montse se convirtió en su apoyo, el espejo en el que se veía reflejada. Se hicieron inseparables. Hablaban mucho, agarradas de la mano por el Paseo de las Palmeras y la calle San José, contemplando las Torres de Santa Catalina o paseando por El Peñasco. En verano, bajaban juntas a la Piscina de Amurjo y dedicaban tardes enteras a cocinar. Eugenia enloquecía con los andrajos con liebre y las gachamigas de Montse, quien añadía unas hojas tiernas de borraja de su huerta que le daban un sabor especial. Todo ello acompañado por un buen chato de vino tinto, perfecto para que el estómago dejase vía libre a los roscos de la candelaria. Al cabo de tres años, Eugenia volvió a Valencia y montó un negocio de fisioterapia. En Orcera, había hecho prácticas en una pequeña empresa del sector y ganado la experiencia suficiente para volar sola. Pedro siguió unos cuantos años más en el extranjero. Ahora vive en Madrid y trabaja de jefe de sección de una editorial.

- Antes de conocer a Eugenia veía mi existencia desde las gradas pero sin el arrojo suficiente para asumirla como propia. Un día me tiré por la ventana del valor y aquí estoy.

- Yo no hice nada, solo te deje fluir. A mí me cuesta mucho más verbalizar los sentimientos, no soy tan impulsiva y abierta como tú, pero cada día estoy más convencida de que te conocí en otra vida porque estábamos predestinados.

- Os estáis pasando. No seáis coñazo, me va a dar una embolia-asegura Montse.

Eugenia siempre está al otro lado, dispuesta a tenderle una mano y a escucharle, a relativizar sus paranoias y enfados, sus neuras, sus miedos, a actuar de bálsamo en los días aciagos. En un sistema tan acostumbrado a la mentira en el que la verdad se convierte en algo revolucionario, ellos no se cortan, llaman a las cosas por su nombre, les encanta vivir en la periferia del saber porque son conscientes de que lo realmente importante sucede siempre en los márgenes. No hablan mucho, pero no porque no quieran, sino porque ambos se caracterizan por una ilimitada verborrea. Son como porteras, hablan como si no existiese un mañana, diría la madre de Pedro. Tienen que reprimirse o dedicarían el día entero a charlar. Últimamente han descubierto los mensajes de voz porque así no se interrumpen al expresar sus sentimientos.

- Yo no soy feliz, aunque tampoco quiero serlo ni creo en la felicidad constante, pero sí que puedo decir que gracias a mis amigos vivo instantes de felicidad que, al juntarlos todos en mi coctelera, dan como resultado un estado de paz interior que me gusta.

- ¡Viva la cursilería!

- ¡Mamá, por favor!

- No se trata de una estación de tren abandonada en la que vivimos experiencias con un principio y un final ya definidos.

- Por fin hemos conseguido ser el maquinista de nuestras propias vías férreas.

- Me hace falta un daiquiri y un par de barbitúricos. ¡Ahora! Now!

Pedro y Eugenia se ven poco porque viven en

ciudades diferentes, aunque no hace falta ningún tipo de cercanía física para saber que pueden contar el uno con el otro en cualquier momento. Son personas inestables, pueden pasar de la euforia más absoluta a la mayor de las tristezas en un intervalo de dos horas, lo que provoca que quienes les rodean necesiten grandes dosis de paciencia para soportarles. Han pasado más de dos décadas desde que Eugenia, con tan solo una mirada, derrumbara el personaje que Pedro llevaba años construyéndose. Pedro aprendió que ser feliz es simple, pero que ser simple es difícil, de modo que lo único que merece la pena es ejercer a diario la libertad y reírse a la cara del padecimiento, no dar nada por sentado. Lo terrible es que asumir la libertad individual, la auténtica, no la de las revistas y la que venden los políticos, supone asumir la soledad más arrolladora. Es cuestión de elegir. El exceso de libertad de Pedro se convirtió en su salvoconducto para soportar el dolor, siempre al lado de Eugenia quien, gracias a su amigo, aprendió que una de las mejores cosas en la vida es estornudar sin taparse la boca, comprendió que la locura es el único refugio que tienen aquellos que viven instalados en el sufrimiento para evitar que la razón acuda al encuentro con la muerte...

¿Cómo te llamas? Estoy en ello.

De ese modo comienza la última novela de Pedro, en clara referencia a la tribu de los awás del padre Moreno.

Tanto él como Eugenia tienen varios nombres, puede que nunca elijan el que les identifica porque no les interesa, son como los árboles, poseen dos caras, la visible y la invisible, las ramas que ondean el viento y las raíces bajo tierra.

La novela se presenta dentro de unos días en Orcera, aún no tiene nombre, el acto empieza a las seis de la tarde, no es necesario reservar. En la entrada del



Ayuntamiento habrá unos folios en blanco para que pongáis lo primero que se os pase por la cabeza, no os garantizo que titule la novela por lo que escribáis en esos papeles, pero será divertido y nos reiremos.

Contadme secretos, no tengáis miedo, la intimidad es un cuento que alguien se inventó para que nos comiésemos las penas en soledad. A estas alturas del partido no quiero estar solo. Llevo toda mi vida explicándome para no sonar extraño a oídos ajenos, para que quede claro lo que quiero transmitir y no haya malentendidos, justificando cómo pienso y cómo actúo para no herir sensibilidades. Es agotador...

Por cierto, soy Pedro o, al menos, eso pone en los documentos oficiales, puede que mañana me llame Carlos o Elvira. Lo sé, tanta parafernalia a través de este inconexo relato solamente para invitaros a la presentación de mi última novela en Orcera.

¿Alguien dijo que yo era normal?

Una última cosa. Acudirá Eugenia, solo por eso merecerá la pena...

FIN





*El naufragio*

Juan Muñoz González

Gijón

Segundo premio modalidad relato  
III Certamen de Poesía y Relato  
“Poeta Guillermo Fernández Rojano”



## EL NAUFRAGIO

Aquellos marineros llevaban más de dos semanas sin arribar al puerto y el barco regresaba de los caladeros con las cajas apiladas y repletas de peces sumergidos unos entre otros. El viaje de vuelta no estaba siendo nada fácil. Se había levantado una tormenta y la lluvia, fruncida por el viento, no dejaba de caer. En el cielo se formaron nubes hinchidas y negruzcas, como anunciando el luto, y el mar, con el color indefinible del acero, movía el barco de un lado a otro como si fuera un animal furioso.

Al acercarse a la barra tuvieron que parar. Las olas rompían muy adentro con una fuerza inusitada y el sonido que producían era como el bramido de un dragón. Los relámpagos caían como cintas blancas deslumbrando la efervescencia del mar. Había que entrar a toda máquina, al rebufo de una ola, y girar hacia la izquierda para ponerse a resguardo antes de que llegara la siguiente y rompiera sobre el costado. El barco esperaba el momento propicio para la entrada moviéndose de un lado a lado como si fuera la cáscara de una nuez. Cuando las olas eran mayores, se elevaba de tal forma que la proa subía sobre su cresta como si quisiera salir volando para hundirse después, en la caída, formando un gran estruendo. Los marineros tenían la mandíbula tensa, con las pulsaciones a mil por hora, y apenas percibieron el granizo que empezaba a caer como si se abriera el cielo. En la punta del arenal y en la playa se divisaba a gente con paraguas contemplando la operación.

A Mauro, uno de los marineros, se le pasó por la cabeza que una de esas personas fuera su hija y miró el reloj. Se percató que a esa hora estaría en el colegio y respiró aliviado. Veía por los ojos de Lucía, así se llamaba. Era menuda y vivaracha como él, con unos enormes ojos azules y una cara luminosa. Pensó en ella. Recordó

aquellos plácidos domingos en que la llevaba a pescar en las aguas remansadas de los pedreros a la vieja usanza, con una larga cañavera que él había cortado y secado. Después se bañaban en alguna poza. A ella le gustaba nadar, con los cabellos flotando como algas marinas, y después secar al sol mientras oía, lejano, el bramido del mar en una caracola. Ahora Mauro quería llegar al abrigo del puerto. Quería volver a abrazar a su hija, verla crecer. No dejarla sola después de que, a una edad que no tocaba, un cáncer traidor llegara sin avisar al cuerpo de su madre y acabara con su vida.

El patrón sabía que cualquier cambio era para peor, que esperar era inútil, así que se dispuso a cabalgar la próxima ola para aprovechar su impulso. Avisó gritando a los cuatro tripulantes que le acompañaban para que se agarraran con fuerza a la barandilla de cubierta. El barco salió a toda máquina. El rugido ensordecedor del motor impedía que se oyeran nuevas instrucciones, así que cada cual rumió sus pensamientos en aquellos minutos interminables. Al girar para entrar en el puerto, una corriente que bajaba del río, crecido y con la fuerza de un toro, cegó el impulso del barco. Las máquinas emitían un gruñido ronco y resentido que atravesaba su esqueleto. Era como si los remaches que sujetaban las planchas anunciaran alguna desgracia. Mauro miró hacia atrás y vio que aquella ola gigante que los perseguía avanzaba como lo hacen los monstruos durante un sueño, al contrario que el barco, que entraba con lentitud, como en las pesadillas infantiles. Gritó haciendo bocina con las manos pero ya era tarde. Bramaba el motor pero apenas conseguía avanzar, hasta que la ola postrera abrió sus fauces blancas y rompió contra el barco, ya ladeado, haciendo que se desplazara y la madera crujiere como si la mano de un oso se cerrara sobre un papel arrugado. La ola rodó como un alud escupiendo grandes espumarajos por la cubierta. El

patrón salió despedido en el puente de mando y su cráneo quedó estampado contra el hierro situado en la cabecera con tanta fuerza que quedó literalmente empotrado. La sangre formó enseguida un charco oscuro que navegaba por toda la cubierta. Los dos marineros que estaban sujetos al trancanil de estribor recibieron el golpe de mar con menos fuerza y consiguieron asirse a aquel barco que ya era un guiñapo. Los otros dos, los que estaban a babor, salieron despedidos por la borda sobre la mar. Uno de ellos vio la orilla muy cerca, el final de la playa estaba allí mismo, llamándole como las sirenas llamaban a Ulises. Cayó en la tentación de nadar contra la corriente para acercarse. La trampa feroz de los remolinos y de las corrientes contradictorias, invisibles, agotaron aquellos brazos que luchaban inútilmente por acercarse a la orilla hasta que fue engullido por el agua y desapareció. El otro era Mauro. Intentó pensar. Intentó superar el miedo y el frío. Recordó cuando, siendo un niño, se preguntaba por qué unas cosas flotan y otras no y jugaba con los amigos tirando cajas de pescado que después recogían en el otro extremo de la playa, en la Punta del Pozo, y se acordó de la extrañeza que le producía aquel recorrido misterioso. Después, de mayor, pensando en ello, había establecido la tesis de que aquella curvatura en los objetos flotantes se daba cuando había crecida en el río, la marea estaba bajando, y una colina que se abría entre el mar y la ría apantallaba los vientos del norte. Justo lo que pasaba ahora. Así que decidió dejarse llevar, intentar mantenerse a flote y no perder la calma al comprobar que la ría lo arrastraba hacia las profundidades del mar. Además no tenía otra opción porque la corriente del río hacia afuera, tal como tiraba ahora, no la contrarrestaba ni un fueraborda.

Veía alejarse la línea de costa y su fe en que las corrientes lo arrastraran hacía el otro extremo de la playa



empezaba a desvanecerse. Había superado la zona donde rompían las olas y llenaba los pulmones de aire cada vez que veía acercarse el lomo de la siguiente para aguantar debajo de ella. Después, entre ola y ola, sacaba fuerzas para emerger y agitar los brazos, como una mariposa atrapada, para que no lo perdieran de vista. Notaba la vibración de sus sienes membranosas y sentía flotar sus ojos en las órbitas como hielos en un vaso. En medio del fragor creyó oír el ruido de un helicóptero, pero se dio cuenta de que era más un deseo que otra cosa, pues con aquel viento un helicóptero no podía volar. Quizás era el ruido de una ambulancia, o de la policía, o quizás ya estaba muerto y estaba soñando desde otro mundo. Las extremidades estaban ya atenazadas por el frío y por el esfuerzo, había perdido toda esperanza, y solo lamentaba no ver a su hija, no poder protegerla. De pronto sintió que una corriente lateral lo empujaba en otra dirección que no era mar adentro. Intentó sacar fuerzas de donde no las había y comprobó que se estaba acercando hasta las rocas que bordeaban la Punta del Pozo. Allí vislumbró, enganchados a la barandilla donde finaliza el paseo, un grupo de personas con salvavidas rojos atados a una cuerda. Al arrastrarle la corriente contra la zona del pedrero, una roca segó su pierna como un cuchillo y la sangre, tan escandalosa, empezó a manar tiñendo de rojo la superficie del agua. Olas de dolor, como latidos fluctuantes, rompían sobre su cabeza. Sin embargo, aquel impulso consiguió que se acercara unos metros hacia la barandilla. Los hombres que intentaban el rescate le tiraron con fuerza el salvavidas atado a la cuerda. Se posó en el agua a unos centímetros de donde estaba y a punto estuvo de engancharlo cuando el reflujó de la ola lo volvió a tragar como una serpiente. Pensó que había pasado su oportunidad. Un hilo de consciencia y una fuerza que ya no sabía de dónde sacaba lo mantuvieron a flote hasta que otra ola lo acercó a la barandilla. Esta vez no se golpeó con

ninguna piedra y antes de que la ola retrocediera, vio el flotador caer a su izquierda. Se agarró a él intentando concentrar la poca energía que le quedaba en sus brazos. Lo arrastraron con rapidez evitando que una ola cercana lo estampara contra el muro y consiguieron asirle. Tenía raspaduras difusas por todo el cuerpo, como si sudara sangre. Lo demás estaba preparado. Lo echaron en la camilla y lo llevaron hasta la ambulancia medicalizada. Un rayo de sol se abrió ahora entre las nubes del horizonte, lleno de sangre turbia.

Lucía estaba allí. En la villa marinera las noticias de ese calado corrían como un reguero de la pólvora. Iba agarrada a la camilla que conducía a su padre hasta la ambulancia que ya esperaba en el paseo de la playa con el motor arrancado. Cogía la mano abierta de Mauro que tenía los dedos contraídos como si quisieran agarrar el aire, inertes, sin responder a los apretones de la niña. Corría para seguir el paso de los camilleros. Un municipal, delante, les abría paso sin contemplaciones ante el atasco que montaban los curiosos. A Lucía le dio tiempo para odiarlos, especialmente a los que sacaban fotos con sus cámaras. Quiso ir con él hasta el hospital, pero no la dejaron subir. Cuando la ambulancia partió con las luces rojas en sus crines y el sonido de su sirena aullando a todo volumen para abrirse camino, se sentó en el suelo y apoyando los codos sobre las rodillas se tapó la cara con las manos y dejó escapar un sollozo apagado. Las lágrimas caían por sus mejillas como gotas de lluvia sobre el rostro de una estatua. Después, dirigió la mirada hacia aquel mar injusto que bramaba sin parar. Al regresar, pasó por delante del barco varado como el cadáver de un gran animal marino. Allí, donde confluye la mar y la ría, permanecería unos días como testigo mudo de la tragedia. En su entorno, como si lo estuvieran velando, troncos abatidos se desplazaban por la fuerza del mar como si fueran juguetes rotos.

En el traslado, la ambulancia bufaba cada vez que daba una curva. A Mauro le pusieron unos puntos de sutura para que no perdiera más sangre y le trataron de urgencia con suero templado para combatir la hipotermia. Estaba al borde del agotamiento y su cuerpo no era capaz de generar el calor suficiente. Le retiraron la ropa húmeda y le dieron unas friegas. Lo entubaron y monitorizaron las constantes vitales. Una bombona de oxígeno con un tubo transparente serpenteaba hasta llegar a su rostro. Poco a poco empezó a tiritar y a perder la palidez cerosa que cubría su cuerpo. Reaccionaba. Subía la frecuencia cardíaca. La respiración espesa resquebrajaba el aire con el sonido de quien parece regresar por el túnel que conecta la vida con la muerte. Como en una nebulosa, oía ulular el sonido de la sirena camino del hospital. Después intentó identificar otro sonido aún más cercano, pero no pudo. Era el traqueteo de la camilla impulsada por un celador.

Al abrir los ojos Mauro estaba desorientado. Tenía la sensación de estar suspendido en el aire, flotando. En la sala se oía un sonido de voltaje bajo, insistente. Confundió el parpadeo de la luz roja de un monitor que controlaba sus constantes vitales con la luz del barco en los días que la niebla se tupía hasta confundirse con la superficie del agua. Tardó unos segundos en procesar aquellas paredes de un blanco inmaculado y aquel tubo dejando caer unas gotas que fluían desde la botella de suero y se incrustaban en su vena. Cuando giró la cabeza descubrió a su hija amodorrada sobre una silla con un libro caído sobre el regazo. Él no habló y una sonrisa tierna curvó la comisura de sus labios. Lucía se dio cuenta enseguida de que su padre había despertado y lo abrazó de manera efusiva. Se hundió entre las sábanas hasta fundirse con él. "La pierna", dice Mauro dolorido antes de que la niña deshaga aquel nudo. Le pide perdón mientras le atusa los pelos enmarañados. Piensa en lo que le gustaría hacer por él

aunque no pueda hacer nada. Le pregunta cómo está y le hace prometer que nunca más irá a pescar en uno de esos barcos.

Mauro se lo promete. Aunque no sepa qué hacer con su vida cuando salga del hospital, sabe que va a cumplir aquella promesa. No era la primera vez que naufragaba, aunque nunca había estado tan cerca de la muerte. Ocurre lo mismo que cuando se tiene un dolor muy fuerte: la felicidad consiste en que desaparezca, con eso te conformas. Después sabes que la vida sigue, que con eso no basta, pero en ese momento no importa.

Le dieron el alta un mes después y, fuera del hospital, con la ropa puesta, se dejaron ver de forma más rotunda las huellas que le había dejado el accidente. Había adelgazado mucho, las mejillas se le hundían en la cara, la piel se había replegado para proteger los huesos y tenía una expresión de serena languidez propia de un asceta. Estaba encorvado y los pantalones caían tiesos y holgados, como si ocultaran palos en vez de piernas. Aquella ropa evidenciaba los kilos que se quedaron por el camino. Lucía lo abrazó y sintió su delgadez en el borde afilado de sus escápulas, y al observarlo, le recordó a un mártir de El Greco salido de uno de sus cuadros. Se miraron con una ternura infinita, y se dijeron, sin hablar, que iban a protegerse el uno al otro. Que saldrían adelante.



*El canto de Parténope*

Carlos Fernández Salinas

Gijón

Tercer premio modalidad relato  
III Certamen de Poesía y Relato  
“Poeta Guillermo Fernández Rojano”



# EL CANTO DE PARTÉNOPE

*El marino pesimista se queja del viento.  
El optimista espera que cambie.  
El realista ajusta las velas.  
Willian Arthur Ward*

Dicen que los recuerdos son una mera interpolación del pasado, que cada vez que los rescatamos de la memoria les añadimos matices que los hacen irreconciliables con lo que en realidad sucedió. Nada más lejos de mi intención que enfrentarme al numen de la neurociencia, si bien les advierto que lo que les voy a relatar ocurrió tal y como se lo cuento. Dependerá de la sinceridad de mis palabras el que ustedes califiquen los hechos como veraces, y no va a ser sencillo. A fin de cuentas, la credibilidad es la mayor virtud a la que aspiramos los humanos. Se tardan años en alcanzarla y basta una sola frase para echarlo todo a perder. Así corre el engaño del mundo, que diría Calderón. Les ruego encarecidamente que no lean estas páginas con alma de inquisidor (ese talante atávico que nos impulsa a rasgarnos las vestiduras a la mínima ocasión); esta historia sucedió hace treinta años, y solo con ojos pretéritos se puede entender. Mejor les pongo en antecedentes: verano de 1991, el año del Silencio de los Corderos, de las Mamá Chicho y del primer Tour de Miguel Indurain.

Para los triunfos de la Selección todavía tendríamos que esperar un tiempo. El país avanzaba hacia un destino inexorable como un pollo sin cabeza. En lo personal estaba atravesando una de esas rachas aciagas a las que no le ves el



final. Conseguir un embarque era cuestión de fe, y si te caía la breva, una vez subías por la escala del navío la cosa pintaba calva. Candrayes de costados oxidados, huérfanos de pintura, amuras humilladas, chimeneas asmáticas, estachas deshiladas y puntales agarrotados por la falta de engrase. Se les denominaba barcos porque de momento flotaban. La estética y el pecunio iban a la par: pagaban poco y tarde, la comida era escasa y las jornadas de trabajo extenuantes. Quieras o no tanta precariedad afectaba a los tripulantes, quienes andaban a la gresca, en particular con los mandos de la nave, a los que culpaban de todos sus males. El ambiente era irrespirable. Si necesitabas afilar un cuchillo bastaba con entrar en la cámara de oficiales. No era de extrañar que muchos de nosotros acabáramos trillados. Recuerdo un primer oficial de Galdácano quien sin venir a cuento hizo sonar la alarma a cosa de las siete de la mañana mientras navegábamos por el Mediterráneo. Cuando tropezando unos con otros atravesamos la puerta del puente de mando, lo encontramos chillando como un orate:

—¡El sol no sale por donde tiene que salir! ¡El sol no sale por donde tiene que salir!

Nos apresuramos a mirar por los portillos. Posadas a lo largo de la cubierta, una bandada de gaviotas disfrutaba de la tenue brisa del lebeche.

—¡El sol no sale por donde tiene que salir!

Amodorrado por culpa de que mi turno de guardia acababa a las cuatro de la madrugada y, por tanto, apenas había tenido tiempo de reconciliarme con las sábanas, me veía incapaz de entender aquel mensaje que el de Galdácano voceaba señalando la proa para luego volver su dedo acusador a la giroscópica. El capitán se le acercó para

ponerse debajo del juego de espejos que permitía leer la aguja magnética ubicada en la magistral, justo en la cubierta que quedaba encima del puente de mando. Le bastó un vistazo para entender lo que estaba sucediendo: la giroscópica, un aparato moderno pero eléctrico, por alguna arcana razón había sufrido una avería repentina e indicaba el rumbo 170° en lugar de otro cercano al 090°, que es por donde, como todo el mundo sabe, sale el sol, grado arriba, grado abajo, dependiendo de la época del año.

Que el sol superara la línea del horizonte tan al Sur había hecho creer al primer oficial que el Apocalipsis estaba a punto de materializarse. Como no había forma de que entrara en razones, el capitán lo mandó a la cama.

—El sol no sale por donde tiene que salir...  
—musitaba mientras yo le asía del brazo camino de su camarote. Sus facciones estaban borrosas, igual que un manuscrito expuesto a la lluvia.

En realidad todos nos habíamos percatado de que en los últimos días el primer oficial se mostraba inquieto. A medida que nos acercábamos a Nápoles comenzó a moverse taciturno por la toldilla, con los ojos perdidos en pensamientos difíciles. Ya no hablaba del Athletic ni de las comidas que se preparaba en el txoko con su cuadrilla, algo inaudito en un vizcaíno de pro. A vista de lo sucedido en el puente de mando caímos en la cuenta de que era precisamente el hecho de que nos dirigiéramos a Nápoles lo que había desencadenado la debacle. Y es que por entonces la bota de la península italiana era lo más parecido al realismo mágico que teníamos en la Europa meridional. Para muestra un botón: nuestro barco llevaba meses haciendo ruta entre Nápoles y Barcelona. En Nápoles cargábamos cemento a granel para regresar a ese

mismo puerto desde tierras catalanas con las bodegas vacías, ávidas de un nuevo cargamento. Y hete aquí que todos los viajes, una vez finalizada la carga, a la hora de hacer el cálculo del cemento embarcado, faltaban siempre del orden de doscientas toneladas, cuando no trescientas. Tal cálculo era responsabilidad del primer oficial, quien tras anotar los calados del buque, entraba en unas tablas que después de descontar combustible, agua, demás pertrechos y el peso del propio buque, le daban las toneladas de cemento que habíamos introducido en las bodegas. Una aplicación práctica del famoso teorema de Arquímedes, que el sabio siracusano descubrió cuando el agua de su bañera rebosó una cantidad proporcional al volumen de su cuerpo. Le faltó tiempo para salir a la calle, desnudo como estaba, gritando:

«¡Eureka! ¡Eureka!» (¡Lo encontré!, ¡Lo encontré!). Sin menoscabo de la eficacia de la hidrostática, lo que en verdad nos preocupaba era que el flete que cobraba el armador del buque (de quien a fin de cuentas dependían nuestros salarios) era directamente proporcional al cemento que trasportábamos. Pero, insisto, todos los viajes los cálculos del primer oficial eran corregidos a la baja por el inspector de la carga, un genuino ejemplar napolitano de esos que pasan de la sonrisa al ceño fruncido con una facilidad pasmosa. Tal merma suponía del orden de un cinco por ciento del cargamento, lo cual, permítanme la expresión, no era moco de pavo. Al tercer viaje, y en vista de que aquello tenía visos de convertirse en costumbre, el capitán decidió llamar a la compañía armadora para hacerles partícipes de un conflicto que afectaba de pleno a sus intereses, pero para su sorpresa, el jefe de fletamentos, tan tiquismiquis en otros asuntos, en esta ocasión le restó importancia. Vino a decirle que si queríamos mantener el contrato no quedaba otra que hacer la vista gorda. Así que procuráramos llevarnos bien con los

napolitanos, quienes, por regla general, en asuntos de negocios era gente expedita, que bastaba con consultar la hemeroteca, en particular la sección de sucesos, para comprender la reciedumbre de su idiosincrasia. A pesar de que el capitán informó al primer oficial de que nuestro armador estaba dispuesto a contemporizar, el de Galdácano, que como buen vizcaíno se decantaba por la moral kantiana, entendía que sus imperativos categóricos eran incompatibles con que viaje tras viaje bajo su firma se legalizara una estafa en toda regla, de ahí que al final acabara chiflando. Lo desembarcamos ese mismo viaje nada más llegar a Nápoles. Mientras se metía en el taxi que lo habría de llevar al aeropuerto, macilento y con el esmalte de los ojos deslucido por la falta de sueño, seguía musitando: «El sol no sale por donde tiene que salir...».

Podría recitarles un rimerero de anécdotas para que se hicieran una composición de cómo pintaba el panorama de la marina mercante, pero no es el propósito de este escrito. Me basta con que entiendan por qué decidí ejecutar un cambio de rumbo pronunciado en ese momento tan crucial para mis intereses profesionales, ya que ni en mis peores pesadillas hubiese pensado que mi periplo entre las olas iba a derivar por tales derroteros. He de advertirles que mi caso tal vez fuera un tanto especial, quiero decir, que desde mis comienzos no fui un marino al uso. En los anaqueles de la casa de mis padres no había ninguna fotografía de un antepasado manejando las cabillas de un timón. Tampoco vivía cerca del puerto, bajo el embrujo del olor de la marea, ni pasaba las horas en una atalaya observando cómo los veleros perdían la vertical a cada acometida del viento. Si les soy sincero fue la lectura de la Odisea lo que despertó en mí la pasión por la navegación. Mientras mis amigos devoraban los cómics de superhéroes (curiosamente los mismos cómics que leen los niños de hoy en día) yo idolatraba al prudente y sagaz

Ulises. Y es que había una diferencia sustancial entre este y Spiderman, la Antorcha Humana o el Capitán América: Ulises no tenía superpoderes. Todas las cuitas que tuvo que lidiar para regresar a Ítaca, las solventó gracias a su incomparable ingenio. Y no vayan a pensar que en la época de Homero a los héroes no se les atribuían facultades sobrenaturales, ahí está el caso de Aquiles, cuya madre lo sumergió en el Estigia sujetándole de los talones para que su cuerpo fuese invulnerable.

Lástima que la flecha de Paris fuese a clavarse en ese hueso tan poco expuesto a los ojos curiosos. No, no, Ulises era un mortal como usted y como yo, y al contrario que Aquiles sobrevivió a la guerra de Troya, contribuyendo notablemente a su saqueo. Por cierto, me veo en la obligación de partir una lanza en favor de los troyanos, quienes no eran tan pardillos como la historia se empeña en retratar. Eso de que después de diez años de pertinaz asedio abrieran las puertas de la muralla para meter dentro a un gigantesco caballo sin sospechar que llevaba un suntuoso relleno de soldados, tiene menos verisimilitud que las declaraciones del ministro de Hacienda en época de elecciones. Que sepan que en aquella época se denominaba caballo a un buque panzudo ideado para el transporte de grano. Fue precisamente este tipo de nave la que dejaron los aqueos abandonada en la playa, desarbolada a propósito y con el casco untado de algas, percebes y cáscaras de mejillones para darle apariencia de derelicto. Eso sí, al igual que el supuesto caballo de madera las bodegas estaban atiborradas de pérfidos guerreros, calladitos todos y dispuestos a arrasar Troya en cuanto sus habitantes abrieran las puertas gozosos de ver que sus enemigos habían tomado las de Villadiego, una versión mucho más creíble, no me lo negarán, aunque menos cinematográfica. Y pensar que todo ese pandemónium fue por la mala cabeza de la bella

Helena, que dejó plantada a su marido, rey pero viejo, por un joven y atlético príncipe troyano. Esto sí que me lo creo, entiéndanme, que lo emocional ha estado siempre por encima del raciocinio, y el que esté libre de pecado (mujer o hombre, para el caso patatas) que tire la primera piedra.

Ulises, el divino y sagaz Ulises. Todo lo resolvía gracias a su incomparable ingenio. Sus aventuras han pasado a formar parte de la memoria colectiva: la apertura del odre de los vientos, la derrota del cíclope Polifemo, la visita a la isla de los muertos donde pudo hablar con su misma madre.... Y yo que me había hecho a la mar para ser su imagen y semejanza, a la hora de la verdad me enfrentaba a situaciones propias del diván de un psiquiatra. Comencé a sospechar que mi supuesta vocación había sido un error catastrófico, que tenía que haber escogido una profesión al estilo de las de mis amigos: empleado de banca, funcionario de la Administración de Justicia, profesor de secundaria (de aquella las reformas educativas no convertían a nuestros docentes en domadores de fieras), en definitiva, disfrutar de una vida discreta, sin sobresaltos.

Fue entonces cuando leí la oferta de trabajo en un diario de alcance nacional. Lo recuerdo con total nitidez, como si lo hubiera grabado en mi memoria con la retentiva de un corredor de apuestas. Sí, era domingo, a la hora del vermut. Yo combatía mi doliente soledad en la cafetería con tintes británicos que quedaba debajo de la casa de mis padres. El sol de primavera llegaba a los pies del taburete desde el que observaba con envidia cómo compartía la gente corriente sonrisas espontáneas. Muchos de ellos tenían mi edad y ya arrimaban a las mesas el cochecito de un bebé. Los conocía de vista, incluso había jugado con algunos en las callejuelas al socaire de ambos lados de la avenida. «¡Cómo pasa el tiempo !», farfullé. Hacía poco

que andábamos a pedradas y ahí estaban, con un proyecto de vida que trajinar. Yo ni siquiera tenía novia. ¡Como para tenerla!, con esa vida errante a la que me veía obligado, donde a las primeras de cambio debía hacer el petate sin saber cuándo regresaría. ¿Qué mujer iba a querer hacer planes conmigo? Ya no quedaban penélopes, esas esposas incorruptibles que deshacen por la noche lo que tejen por el día para atemperar a los moscones. Tontas serían si eligieran esa vida de añoranzas y sacrificio, cuando saltaba a la vista que podrían ser mucho más felices con cualquiera de mis vecinos. En eso andaban mis pensamientos al volverme al periódico que había desplegado encima de una barra salpicada de cerveza y esquirilas de patatas fritas. La oferta de trabajo se ofreció a mis ojos con la atracción de un electroimán: una empresa marbellí buscaba pilotos de la marina mercante para tripular el flamante submarino de construcción finlandesa que acababa de adquirir. El anuncio venía a tres columnas, con un logotipo a modo de vitola: Top Diving. Complementaba el reclamo con la manida locución «Salario según valía», y la no menos desdeñable «la empresa facilitará el alojamiento», lo cual no era baladí pues venía a decir que el submarino tenía base fija, brindándome la oportunidad de pertenecer a una comunidad de la que yo podría ser parte activa. Miré a mi alrededor y vi a todas aquellas parejas disfrutando de su brizna de felicidad dominical. Esa oferta de trabajo era el clavo ardiendo al que podía agarrarme. Con disimulo arranqué la hoja del periódico y esperé ansioso al día siguiente para llamar desde una cabina que a primeras horas de la mañana tragaba monedas a matabalho.

La secretaria, con la voz indolente con la que los oficinistas se vengán de los lunes, me pasó con el gerente, un libanés muy solícito que me dibujó un panorama prometedor. El plan empresarial consistía en dar un paseo por el fondo del Mediterráneo a los cientos de turistas que

colmaban los muelles de Puerto Banús. Calculaba que se podrían hacer del orden de ocho inmersiones diarias, a razón de cuarenta y ocho personas por viaje. Un negocio suntuoso toda vez que el precio de la entrada iba a estar en consonancia con la calidad del espectáculo. A las primeras de cambio me ofreció el puesto de capitán, posición de máxima responsabilidad que yo nunca antes había ocupado. Me vi en la obligación de informarle que no tenía experiencia en submarinos, que hasta la fecha mi labor consistía precisamente en evitar que los barcos se hundieran, a lo que replicó que no me preocupara, que la formación corría a cargo de la empresa. No todo eran parabienes, pues siendo cierto que facilitarían el alojamiento, eso no significaba que fueran a costearlo, sino que se descontaría de la nómina. Lo que no sabía el libanés era que yo ya estaba decidido a probar fortuna antes de marcar su número de teléfono en aquella cabina insaciable a pocos metros de una obra donde un operario se afanaba con el martillo neumático. Hice una maleta rápida y recorrí la península de Norte a Sur.

¡Puerto Banús! Ni los misántropos más huraños podrían resistirse a la magia del lugar. Recuerdo que al atardecer se respiraba un glamur sin parangón. Los yates se amarraban a los norayes con el orgullo de criaturas mayestáticas. En las terrazas te podías encontrar a lo más granado de la farándula, exhibiendo sus mejores galas y sonrisas. Porque la consigna era que te vieran sonreír, que la tristeza no tuviera cabida en tu rostro. El aburrimiento era un delito del orden moral. Restaurantes con encanto, autos deportivos, teléfonos móviles del tamaño de cajas de zapatos, tiendas exclusivas, bungalós con aires campesinos a las faldas de Sierra Blanca... Destilando las palabras: Mediterráneo.

Para mi sorpresa el interior del submarino era



luminoso, lo más parecido a un loft. Salvo la cabina de mando, el espacio estaba destinado al pasaje. Los asientos se situaban frente a unos enormes ventanales por donde se podía admirar el vientre del mar marbellí. A fin de animar el espectáculo y que las especies marinas anidaran en la zona de inmersión, solicitamos una autorización especial para hundir pequeños yates que se encontraban abandonados en el puerto. Uno de ellos conservaba izada la Union Jack. A los turistas británicos no les hacía gracia ver su bandera ondeando en el fondo del mar al capricho de las corrientes, pero para los españoles era una suerte de venganza por tantos desagrazos a lo largo de la historia: Gibraltar, la Armada Invencible, la batalla de Trafalgar... De un plumazo los desplantes de la Pérfida Albión habían sido vengados.

El ataque del submarino se ubicaba en el corazón del puerto. Allí lo conocían como el Yellow Submarine, pues habían pintado de amarillo el casco y la torreta de la escotilla principal. Y es que entre las distintas opciones que le había presentado la empresa de marketing, el libanés se decantó por aquella que evocaba la beatlemania. Como ven no se devanaron los sesos.

Además de transportar turistas, realizábamos viajes promocionales para las cadenas televisivas, que grabaron programas con las estrellas del momento. Algunas eran petulantes, de ojos orgullosos, otras, en contraste, afables y accesibles. Si los camareros de las cafeterías cercanas veían que embarcaba alguna celebridad, corrían a pedirme permiso para sacarse con ellos una fotografía. Cuando más tarde me acercaba a tomar un café, me devolvían el favor tratándome como a un príncipe de la familia real saudí.

El espectáculo duraba una hora. Después de

embarcar al pasaje, navegábamos milla y media en superficie hasta el punto de inmersión; allí hundíamos el submarino y dábamos el paseo por el fondo. Finalizado este emergíamos para regresar a puerto navegando sobre las olas. Como durante todo este tiempo el pasaje tenía que ir sentado en sus butacas, a fin de amenizar el regreso conectábamos el circuito de cámaras exteriores, para que en los monitores pudieran presenciar la impresionante recalada a Puerto Banús, el desiderátum de un pintor de marinas.

Todo era idílico, con mucha luz y muchos azules. No obstante, presentía que en mi vida seguía faltando un leitmotiv, esa razón contundente que justificase por qué yo había abandonado la superficie del océano para adentrarme en las profundidades del lecho marino. ¿Dónde quedaba Ítaca? La idea de que mi vida transcurría sin un rumbo definido me convertía en un ser vulnerable. Espero que ustedes nunca se hayan sentido así, que la sensación de indefensión no les haya agarrotado las extremidades hasta el punto de que salir por el portal equivalga a caminar por un sendero lleno de barro, y que los demás no dejen de mirarte los zapatos. Porque quien se muestra distinto, ante los ojos ajenos es una rareza cuando no una amenaza.

El conflicto se vino a resolver una tarde apacible de principios de septiembre, con el sol declinando hacia el oeste. Siguiendo el protocolo, recibimos al pasaje a pie de escotilla. A pesar de que intentábamos ser discretos, o al menos aparentar serlo, no pude pasar por alto a una mujer que nos saludó en un castellano con un inconfundible acento francés. Era joven, alta, increíblemente hermosa, tal vez la mujer de facciones más conmovedoras que jamás he visto. Su suntuosa figura, ceñida en un mono corto de licra negra, hacía saltar por los aires los cánones

clásicos de belleza. Una cremallera dorada cruzaba el mono desde un hombro a la pelvis contraria, acentuando unas formas que rebosaban sensualidad y concupiscencia a partes iguales. La acompañaba un hombre canijo, de pelo ceniciento y sonrisa educada pero distante. Vestía camisa safari, bermudas y sandalias con calcetines, el uniforme de los franceses cuando están lejos de Aquitania.

Para que la visión de la francesa no me distrajera de mis quehaceres, hice mía una frase de Tolstoi que parafraseó Pasternak: «Cuanto más perseguimos la belleza, más nos alejamos del bien», y repitiendo ese mantra, desatraqué el submarino y salimos a navegar en busca del punto de inmersión, que ya he dicho que quedaba milla y media por fuera de la bocana.

El paseo por el fondo no resultó lucido. Las corrientes que algunos días lo enfangaban todo reducían drásticamente la visibilidad. Esas inmersiones eran decepcionantes. Los buzos que por motivos de seguridad se sumergían con nosotros desde una lancha de apoyo, hicieron lo imposible por entretener al pasaje: pegaban sus narices a los ventanales y ejecutaban inverosímiles piruetas. A pesar del esfuerzo, el espectáculo fue un fiasco, y, resignados, subimos a la superficie. Pusimos, pues, proa a Puerto Banús, frustrados por no haber podido devolver a aquellos turistas el valor de una entrada que tenía un precio similar al de un palco en la ópera.

En estas, la azafata se acercó hasta la cabina y discretamente me comunicó:

—Tenemos un problema. —El mohín que acompañó a la frase daba a entender que ineludiblemente debía seguirla.

Di por sentado que algún pasajero le habría presentado una queja por lo menesteroso del espectáculo, así que dejé al copiloto al mando del submarino y fui tras ella con cara de circunstancias. Se detuvo frente al ventanal donde se encontraba sentada la pareja que tanto me había llamado la atención a la hora del embarque, la una por su belleza arrebatadora, el otro por enclenque e insignificante. Sin levantarse, la francesa me susurró al oído en un español simple y preciso lo que momentos antes le habría dicho a la azafata:

—Tengo que ir al baño.

Al momento caí en la cuenta de cuál era el problema insalvable. La burocracia administrativa nos exigía que lleváramos a bordo raciones de supervivencia para tres días. Como la capacidad del submarino era de cuarenta y ocho personas, se pueden imaginar la cantidad ingente de raciones que esto suponía. A pesar de que aducimos que las inmersiones eran cortas, y que en caso de emergencia el submarino contaba con numerosos mecanismos de seguridad que le permitían regresar a la superficie, las autoridades se mostraron inflexibles. Esta exigencia desproporcionada trajo consigo que el lavabo del submarino estuviera hasta la bandera de raciones de supervivencia.

Literalmente, no se podía entrar, hasta el punto de que habíamos desconectado el inodoro no fuera a ser que hiciera agua y no nos enteráramos. Intenté hacerle ver que tardaríamos muy poco tiempo en llegar al atraque.

—*Imposible, monsieur capitaine*—tespndió mordiéndose un labio.

—Solo diez minutos, a lo sumo quince— insistí.

—Me hago pis...ya... *Ce moment...*

Miré al hombre y este con un gesto expedito me dio a entender que la vejiga de su pareja era indomable. Entretanto la mujer apretaba los muslos como si le fuera la vida. Solo había una solución. Dado que estábamos navegando en superficie, los dos podíamos salir al exterior y una vez fuera, ella desahogarse sin ambages. Así que le dije a la francesa que me siguiera hasta la escalera de la escotilla, abrí esta y los dos subimos a cubierta. Por fortuna el submarino apenas se balanceaba, como si la brisa marina hubiera raspado las olas con goma de borrar.

Nos encaminamos hacia la popa, donde se ubicaba una de las hélices de inmersión en una apertura que atravesaba el casco de abajo arriba, precisamente para ayudar a que el submarino subiese o bajase a conveniencia del piloto. Esta apertura era lo más parecido a los antiguos urinarios que todavía se pueden ver en algunos tugurios. El plan era sencillo: si la mujer se ponía en cuclillas, podría fácilmente aligerar la vejiga. La única dificultad consistía en quitarse ese mono de licra tan ceñido; digo única, porque era notorio que, para evitar marcas que restaran lustre al atuendo, la francesa no llevaba ni bragas ni sostén. Ella comprendió la estrategia sin falta de que se lo explicara. A pesar del apuro, su belleza seguía intacta, quizás más plausible por ser presa de las emociones mundanas.

La mujer se situó en el canto de la apertura y yo educadamente me di la vuelta, no fuera a pensar que me iba a aprovechar de las circunstancias. Fue cuando escuché la cremallera descender lentamente por el frente del mono de licra. Me imaginé la volutuosidad de sus

senos enaltecida por el sol de poniente.

Por caprichos del subconsciente freudiano, ese roce metálico me devolvió a mi niñez, cuando leía con devoción la Odisea, concretamente mi episodio favorito: el canto de las sirenas, aquel en el que Ulises, advertido de las perniciosas melodías que conminaban a los marinos a arrojarse al mar, ordenó que la tripulación se cubriera los oídos con taponos de cera y que a él lo ataran al palo de la nave para poder disfrutar del canto. Ulises, siempre prudente y sagaz. Mientras la nave cruzaba el paraje, la sirena Parténope esforzaba la voz para que el de Ítaca no se resistiera y acabara lanzándose a las aguas. Yo, al igual que mi héroe, deseé con vehemencia que me ataran, en mi caso al torreón del submarino, para no caer en la tentación de girarme. Porque la idea de darme de bruces con la desnudez de mi Parténope era imperiosa pero execrable. En un esfuerzo titánico apreté fuerte los párpados al tiempo que de espaldas le extendía una mano para que ella pudiera guardar el equilibrio en tan comprometida posición. De súbito, el interior del submarino estalló en un espontáneo aplauso, acompañado de vítores y silbidos libidinosos. Enseguida comprendí el porqué de tal manifestación de júbilo. Una de las cámaras exteriores enfocaba de pleno a la hélice de popa. Con las prisas se me había olvidado decirle al copiloto que la desconectara. Gracias a mi despiste, el pasaje se estaba deleitando con la visión de esa deidad del Olimpo tal y como vino al mundo. Me quise morir. Entonces sentí cómo me apretaban la mano. Una mano cálida y suave. Aún tuvimos que pasar unos instantes en tan insólita posición: yo de espaldas y ella en cuclillas, Ulises y Parténope unidos por un vínculo inextricable.

—*C' est fini.* —La francesa, desconocedora del encuadre de la cámara, me indicaba pudorosa que ya podía

girarme. La llevé de vuelta al interior del submarino, donde fuimos recibidos con pulgares en alto y muecas lujuriosas, en particular por los varones, que precisamente en esa inmersión tenían que ser mayoría entre el pasaje. Me dirigí directamente a la cabina. Al entrar, el copiloto me comunicó con cara de circunstancias:

—Cuando me di cuenta de lo que estaba sucediendo, desconecté la cámara, pero no pude evitar que vieran cómo se desvestía. Todavía era peor.

Si el pasaje no la vio hacer pis, pensaría que el desnudo formaba parte del espectáculo. En cuanto llegáramos a puerto el gabacho me iba a montar un escándalo de agárrate y no te menees. Razones no le faltaban para sospechar que yo me había servido de las innegables virtudes de su pareja para salvar la función.

Una vez atracados, me situé a la altura de la pasarela para despedirme del pasaje. No tardó en aparecer la pareja francesa. Ella se despidió con una atenta sonrisa, él con un movimiento rápido de mentón, sin aspavientos. Eso fue todo. Ni me solmenó un puñetazo ni me retó a un duelo al amanecer. Una vez en el muelle, ella le dio la mano (la misma mano que momentos antes yo había rozado) y él se la cogió a regañadientes.

Desde mi posición observé cómo la francesa se mezclaba con los turistas que a esas horas abarrotaban el paseo. El sol vespertino iluminaba su silueta como el foco de un teatro. A cada paso la mujer desdibujaba el contorno de las cosas. Puerto Banús era un decorado levantado exprofeso para verla pasear. Conmocionado por la escena, caí en la cuenta de que, exceptuándome a mí, todos en el submarino la habían visto desnuda.

Y de pronto, una figura se interpuso entre ella y yo. Lo reconocí al instante. Era el de Galdácano, aquel primer oficial que desembarcamos en Nápoles porque había perdido la cabeza. No era casualidad, no. Las cosas no suceden porque sí, qué más quisieran los deterministas. Recordé que la sirena Parténope, desesperada porque Ulises no se arrojaba al mar, acabó haciéndolo ella misma, pero las sirenas de los griegos no respiraban bajo el agua, por lo que murió ahogada. Sus compañeras la enterraron en una cala donde más tarde se fundó la ciudad de... ¡Nápoles!

El vizcaíno tenía buen aspecto, nada que ver con la última vez que lo vi. Moreno y con bermudas no parecía tan mayor. Pero no me miraba a mí, sino a alguien que estaba sentado en un noray del muelle. Estiré los ojos y distinguí a una cocinera de un restaurante cercano, con delantal y un pañuelo cubriéndole el cabello. Cuando volví los ojos, el vizcaíno había desaparecido.

Intrigado, subí por la escala. La cocinera llevaba puestos los cascos de un walkman. Debía estar escuchando una de esas casetes que se compraban en las gasolineras, porque sin darse cuenta estaba cantando más alto de lo que la prudencia obliga. En ocasiones había visto a esa mujer en bicicleta camino del restaurante. Era una persona de tantas, como yo mismo. La cocinera desafinaba por momentos, sin embargo, el sentimiento que imprimía al estribillo sugería una sensibilidad difícil de describir con el cicatero verbo humano. «De lo que rebosa el corazón, habla la boca», recordé. Embelesado, miré sus dedos en busca de un anillo que indicara un compromiso. No lo encontré. En ese instante tuve la certeza de que por fin había arribado a Ítaca.

—Fin—





*El suelo que pisamos*

José Antonio Gago Martín  
Segovia

Primer premio modalidad poesía  
III Certamen de Poesía y Relato  
“Poeta Guillermo Fernández Rojano”



## EL SUELO QUE PISAMOS

# ARS TESSELLATUM

### 0 (creador)

Mirando en los maestros y en la vida  
voy juntando, paciente, las teselas,  
armando sueños conducermevelas,  
ojos cansados y piel encallecida.

Creo un mundo de luz bajo las suelas  
donde tienen las fábulas cabida:  
abren, acaso, pozos sin salida  
y otras veces se hinchan como velas.

Esos cúmulos, hartos de desvelos,  
son mucho más que un trozo de calzada  
y tienden entre mundos paralelos  
una maraña de hebras deshilada.  
Antes de estos retazos en el suelo  
en la tierra vacía no había nada.

### 1

Baco ha reunido a sus secuaces  
en el amplio horizonte de la sala  
con una algarabía de manos que se tienden  
y de copas volcadas.  
En las mesas,  
las frutas que proclaman

la gloria de la tierra. Por el suelo,  
derramadas,  
las cáscaras de todos los placeres  
y todos los colores de las hojas de parra.

Y detrás, los músicos dormidos,  
desgreñados y quietos como estatuas,  
recostados  
contra un alto rimero de tinajas,  
en un plácido gesto de abandono  
y frentes despejadas.

## 2

Los caballos del mar tienen escamas.  
Surgiendo de un azul que titubea,  
levantan con esfuerzo  
la cabeza;  
pero el pesado cuerpo de pescado  
los mantiene afondados como piedras.

Esas fronteras líquidas,  
como insegura ciénaga,  
no dan pie a sus cascos invisibles  
los vanos coletazos desesperan.

## 3

El fragor de la caza detenido  
en el blando rincón de los secretos:  
el cazador desnudo  
ha llegado más lejos que sus perros  
y una cierva de ojos inocentes,  
contra el fondo dorado de los setos  
entregada, al final de la carrera,

sin remedio,  
al destino fatal de los flechazos  
en el centro de un bosque sin senderos.

Siempre queda un rincón  
para el desvelo  
donde no llegue nadie con sus ojos;  
o, a la vista de todos, en un gesto.

Una cruz, una flecha, un laberinto,  
un solo crisantemo ...  
abren un lacre  
o la íntima puerta de un recuerdo.

5

Para recuperar todo el verano  
ya solo necesito ver tu pelo  
batiendo gallardetes, como en fiesta,  
y un viento que se ondula en hilos negros;  
y el sol de aquella tarde capturado  
en chispas y burbujas de ámbar quieto.

Ya no importa la piel;  
bajo los cedros,  
en las sombras desnudas que se alargan,  
dormitan para siempre los deseos.

6

Tiene un aire feroz  
el jabalí acosado por los perros:  
las cerdas erizadas, los colmillos  
afilados y fríos como hierros.  
Un fondo de ramajes tortuosos

y, a lo lejos,  
un jinete que mira. El azogue  
salpica con reflejos  
de tragedia. A pesar de los blancos  
de ese inquietante y áspero silencio.

7

Dos oryx, sí, de cuernos  
de venablo,  
levantando su recia carnadura,  
cruzan el breve campo.  
Aliviado, uno huye;  
de potentes resortes impulsado.  
El otro se detiene,  
refrenado  
por las zarpas potentes de un león,  
por doble lastre de la carne anclado.  
En un vil trazo vertical y rojo  
el tiempo se ha parado.

8

Un muchacho  
ofrenda entre las manos, en un cuenco,  
al caballo con alas,  
el agua ineluctable de los sueños.

Son doradas las alas del equino,  
del gris de las estrellas tiene el pelo,  
y es dorado  
el cuerpo del efebo.

No hay sombras ni horizonte,  
casi flotan en la ausencia de suelo.

## 9

Remansada en el gesto del anciano  
perdura la memoria.  
Acaricia la densa melena del león,  
casi reposa  
su mano en esa cruz  
sumisa y poderosa.

El semblante apacible de los dos  
es la fábula sobria  
de las naturalezas amansadas,  
bajo la capa espesa de las formas.

## 10

El vaivén de los peces me confunde:  
de la nada a la nada en un segundo.  
Audaces pinceladas de colores  
sobre un fondo inseguro.  
Su tacto es la materia de los sueños:  
ni memoria, ni norma, ni futuro.

El brillo de los peces me conforta,  
incesante batalla de la luz y lo oscuro:  
una daga veloz y un lento légamo  
conviven a menudo.  
La fugitiva sombra de los peces  
me previene y me acerca, como el humo.





# TOPOS CIEGOS

1

**Son como topos ciegos los pulgares,**  
que fueron trampolín hasta este tiempo,  
bisagra  
que articuló el ascenso hasta la cima  
del progreso infinito y la miseria.

Ha ido disponiendo uno tras otro  
una larga escalada de eslabones:  
soltar la rama y agarrar la piedra,  
mangar el hacha y enviar convoyes  
por los raudos raíles invisibles.

Y todo lo demás vino rodado:  
viejos tiempos modernos color plomo,  
o hipnóticos fetiches animados  
enredados en hilos de colores.

2

Esas soberbias torres, esos faros,  
**que sueñan galerías infinitas,**  
escrutan insaciables cuanto existe:  
la luz y las tinieblas,  
lo mineral,  
lo líquido,  
lo vivo...

Por caminos que trazan esas luces  
avanzan las devotas procesiones.

Por los ocultos túneles de sombra  
van tiznados de noche los esclavos  
y los niños escarban en el suelo,  
debajo del fulgor de las baldosas.

3

Venden jarabes, pócimas, consejos,  
contra todos los síntomas duelen.  
Desaconsejan toda resistencia,  
nos arrastran a un líquido elemento  
en un mundo feliz y transparente.

Pero siempre hay un fondo de agua turbia  
y un dolor que atenaza con sus dientes  
y nos hunde en el lodo de la duda.

Empuñan las banderas estridentes  
contra la sombra larga de la norma.  
Parece que caminan a tu lado,  
**pero amoldan sus risas y sus cuitas**  
a la forma más roma y conveniente.

4

El gris de la distancia nos iguala,  
gris tupido  
de la venda eficaz que nos protege.

Nos multiplica el fin de lo gregario  
y el milagroso don de la simbiosis.  
Armamos laboriosos rascacielos,  
arquitecturas breves de termita  
con barro y voluntades,  
bruñidas formaciones como hormigas.

Y somos universo cada uno,  
ermitaños en conchas y barriles,  
obstinados y fieles peregrinos  
que se dejan la piel  
y los sentidos, camino de lo eterno.

Abjuramos, ahora, cual cartujos,  
miedosos de nosotros, escondidos.  
Hacemos en común breves rutinas  
y huimos al amparo de esos muros,  
**esas grises celdillas celulares.**

5

Los ciegos,  
los proscritos,  
los que no entrarán nunca  
a ese lugar donde la luz germina,  
**se abandonan a juegos malabares.**  
La pericia, la práctica, el desvelo,  
se pagan con puñados de migajas.  
(Los bufones son una raza extinta).  
Las muchedumbres pugnan  
por alzar un mendrugo  
como una clara antorcha infatigable.  
Y hasta venden disfraces de juglares.

6

Contra la regla gris que los iguala  
variopintos cartujos se rebelan  
**con amores virtuales y con citas**  
que saltan como liebres, montaraces.  
Esa carne que cobran  
tiene sabor fugaz  
del humo fugitivo de la pólvora,

regusto de motel de sería be.  
Cuando el sudor y el polvo son estigmas,  
¿qué importa ya el calor, qué importa el tacto,  
tan lejos de las palmas de las manos?

7

¿Qué campana,  
qué mágico olifante,  
qué cuerno portentoso los convoca?  
Serán esas estrellas  
de súbito esplendor  
que los ciegan de luz,  
que derriban murallas con su fulgor vibrante,  
**que congregan a fieles eremitas**  
a un ágora que no alcanzan los ojos,  
que no miden los pasos.

¿Serán los peces blancos que anuncian los deseos  
al fondo de los pozos,  
esa dorada lluvia de monedas  
en fuentes invisibles,  
en cielos invisibles,  
en ojos como pantallas blancas  
que imaginan?

8

Como pájaros ciegos golpeando  
de frente la mañana,  
así sube la fe de las cometas.  
(Duros dedos que dan cauce a los hilos  
como quien manumite los deseos).  
El viento las empuja,  
hábil las etiqueta como para regalo  
**en nubes o agujeros singulares.**

No tienen ya sentido  
las láminas de polvo acumuladas,  
el libro de la Historia  
pesado como un fósil.  
Es una tentación irresistible  
liberar las cometas,  
aunque cada mañana,  
a la puerta de casa, nos sorprendan  
los pájaros caídos.

9

**Y las redes avanzan. Como lodo.**

10

La rueda de la lengua avanza siempre,  
como dicen que gira la Fortuna,  
y todos los otoños  
entierran partituras en el barro.

En el reino cambiante de lo nuevo  
ya nadie dice *nuevas*,  
todos quieren partidas sin partida  
y multiplican vidas cuanto pueden.  
La luz se deshilacha en las arañas  
del salón de las máscaras.

Y, mientras tanto,  
fuera,  
la telaraña crece, inexorable,  
**englobando las nuevas y las vidas  
y poniéndole coto y FIN a todo.**

11

**No cabe la verdad ni el abandono,**  
(toda la identidad fue pixelada)  
**que va toda la fuerza en las partidas,**  
toda la voluntad  
en esa luz de acuario detenido  
**y todo el corazón en un icono.**







*Uni-versos In-versos*

Isabel García Viñao  
Jaca

Segundo premio modalidad poesía  
III Certamen de Poesía y Relato  
“Poeta Guillermo Fernández Rojano”



## UNI-VERSOS IN-VERSOS

### LUZ

Soy galope de luz que se amontona  
en infinidad de formas:  
en torsos, pechos, arco iris y corolas  
cuando el amor me llega.

También galopo en el cielo de la noche  
para descansar en la luna  
y después saltar a las constelaciones de estrellas.  
Soy nube de luz que grita su amor a los espacios  
con mensajes de paloma boreal,  
blanca, de blancas alas transparentes,  
milagro desde donde manan mis ligeros vuelos.

Enamorada,  
los instantes de aleteos misteriosos  
me elevan y me hacen rozar el cielo.  
Mi timonel es el sentimiento,  
ojo de serviola que me crea impulsos rojos que galopan  
en la grupa ascua de corcel, sin jinete.

Soy luz con fuerza infinita que horada montañas  
y excava túneles encendidos sin sombras.  
Luz que bebe todo el sueño de la luminosidad de tus  
ojos.  
Soy gota de luz de lluvia  
que tras la sequía irradia alegría.

Y rosa de desierto angulosa  
cuyos prismas convierten los blancos en arco iris.

Tu amor me hace ser cúspide del goce,  
entre luz y nieve, vedijas de nubes,  
Tu amor también me hace ser vie fulgores y espejos,  
en las noches prendidas de brillos nacarados  
para nuestros suaves roces de pasión hirviente  
y para los besos.

Tu amor también me hace ser viento impoluto y limpio,  
aire apresado en tu enramada,  
que arrastra el calor de los rayos del sol a tu cuerpo  
tan ávido de mi amor.

Juntos somos luz que enciende las noches ciegas  
para que los albores nazcan claros, suaves y blancos.

Contigo, con tus pupilas que oscilan  
y con tus iris que al mirarme brillan,  
soy galope de luz que se amontona  
en el mar, en la piedra, en el viento y en la arena.

Pero, tengo miedo;  
sí, tengo mucho miedo.  
Porque ¿qué quedaría de luz  
si la ola de la noche se llevara,  
como si fuese un alud, tus reflejos y latidos?  
Entonces, si esto llegara,  
quedaría invisible e inmóvil,  
hecha de carne y de soledad amarga.

## SOMBRA

La noche llega oscura, muy oscura,  
luctuosa, tiñendo las sábanas blancas sin tu presencia.  
El alba abrirá sus cortinas con el rojo velado  
y asomarán los días venideros llenos de sombras.

Sombras que se han bebido el galope de luz  
que con la alquimia de tu amor conseguía.  
La ola gigante de la noche se ha llevado,  
como si fuese un alud, tus reflejos y latidos.

Soy nube de tormenta que ya no ve luz en el horizonte,  
sólo las descargas zigzagueantes de centellas  
que emano con el duelo de tu ausencia.  
Soy nube de tormenta que llora su lamento a los  
espacios, con mensajes de corneja de plumas azabaches,  
desorientada, con balanceos de alas pesadas y negras,  
que vuela a ras de tierra, sin esperanza.

Mi luz ha ido languideciendo  
conforme tus miradas perdían fulgor  
hasta llegar a apagarse.  
Me queda, únicamente claro  
(con una claridad clara y dura)  
el presagio de la ola gigante de la noche  
que como alud se ha llevado todo a su paso.

Ahora, las noches son terribles,  
ni siquiera distingo en el firmamento la exigua luna,  
ni la estrella Vega, Sirio, Andrómeda o Capela.  
A mis ojos, todo es aciago con tu ausencia.  
Todo ha volado o se ha escapado al alejarte,  
has esparcido las cenizas de nuestro amor entre la nada.

No. No quiero ver la oscuridad, y,  
sin embargo, al cerrar los ojos sigo contemplando el negro.  
La cerrazón de la noche me rodea y me abraza la piel,  
la acaricia y me hace nacer el insomnio.  
Bajo la lámpara sin luz y sin mi aliento  
es donde más palidece mi alma.

En esta habitación, mi soledad se hará vieja  
con los recuerdos retenidos en mis pupilas  
de sábanas arrugadas y amontonadas sobre la cama.

Ya no soy canción, ni paloma, ni poetisa,  
ni vedija de nube resplandeciente,  
ni galope de luz que se amontona.  
Soy sombra para infinidad de formas,  
para el mar, el viento, para nubes y arena.  
Soy tiniebla que anda de puntillas  
intentando pasar desapercibida,  
hecha de carne y de soledad amarga.

#### FUEGO EN TUS OJOS (ABRIL)

Cuando me miras insistentemente  
con ojos firmes de teas encendidas  
y los fijas en puntos concretos de mi cuerpo  
siento que mi interior bulle y se agita,  
como hojas acorazonadas de álamos temblones  
cuando se mecen con los soplos del viento.

Tus ojos delatan a gritos que me amas  
al encenderse la chispa en los encuentros  
que, como mera causalidad del azar,  
fingimos fortuitos.

Ambos, como si fuésemos indivisos,  
nadamos en mares de olas de enamorados,  
comportándonos como si fuésemos chiquillos

porque somos pipiolos del amor con disimulo.  
Los dos sabemos de sobras y desde el principio  
que siempre buscamos coincidir a propósito  
en un mismo espacio y en el mismo tiempo,  
-en el aquí y en el ahora, unidos-  
en este presente encendido y encumbrado de amor  
que, como locos, deseamos que perdure siempre.

Y es que tus ojos,  
prendidos por Vulcano con la chispa que le envía  
Cupido, aunque sean del plácido "azuldecielo"  
semejant luceros de roble encendido  
o raíces de vid que flamean incandescentes.

Tus ojos, con la savia de abril en tus pupilas,  
son el reclamo perfecto para que reposen mis ojos,  
el cebo más atractivo y apetitoso del universo  
donde flotan, reposan y se aplacan los míos.  
Nuestro deseo y el brillo apasionado  
nos funden en instantes incontrolados  
con el cosquilleo en el vientre, por alrededor del  
ombbligo, de alas de mariposas revoloteando entre  
sábanas blancas.

Tus quinqués son señuelos en noches oscuras  
como lo es el verde seductor de las luciérnagas.  
Hondos, candorosos, ávidos y sedientos de mí  
me arrastran al deseo irrefrenable  
cuando en las noches indómitas y encendidas  
me prendes con facilidad y pericia  
tan solo que tu cuerpo inflamado roce el mío.

Y en estos incesantes momentos de deseos encendidos  
nadamos en mares de olas y de mareas de fuego



y volamos en aires repletos de ardores cálidos,  
en el rojo pasión que nos envía la primavera.

Hoy, más que nunca pienso que hay cosas imposibles,  
como que nuestro amor toque una cumbre helada  
o que nuestra pasión se aloje en un infierno de escarcha.  
TEDIO EN TU MIRADA (DICIEMBRE)

Distantes, hastiados, acostumbrados, gélidos,...  
Tus ojos antes de colores prendidos,  
los que bebieran de la paz del "azuldeciego"  
ahora son del frío "azuldehielo"  
con el diciembre nevado en tus pupilas.  
¿Por qué se han sofocado las brasas?  
¿Por qué se ha quemado la pasión  
y ya sólo quedan rescoldos apagados?  
Como en las fogatas  
hasta el color de las ascuas se apaga  
cuando el calor se esfuma.  
Tu pasión también se ha colado por fisuras abiertas  
entre sombras y penumbras,  
dejando un osario de recuerdos sueltos  
en el caos informe del mundo circundante.

Hoy,  
tu mirada distante se pierde en la lejanía,  
tus ojos hastiados resbalan en mi cara,  
tu mirada acostumbrada cae en la terrible apatía  
y asoma el color gélido del "azuldehielo".

¡Me has mal acostumbrado mientras me has amado!!  
En menos de un año has reunido  
todas las palabras de amor  
que se han pronunciado sobre la tierra,

y, ahora, en poco tiempo les has prendido fuego.  
¡Has quemado y apagado el resplandor de tus palabras!  
Ahora, me calientas con el peor castigo  
en esa hoguera de amor quemado.  
También me quemas ¡y de qué manera!  
con tus silencios cortantes de cuchillos afilados,  
con tu indiferencia voraz leonina,  
con tus ojos de hielo azul de diciembre  
que abrasan con la frialdad los míos:  
¡Inertes, distantes, tediosos,...!  
Tus miradas resbalan en el hielo de tus sentimientos,  
y si con alguna llegas a rozar mi cuerpo  
sé que lo haces casualmente, sin darte cuenta.  
La ausencia de ilusiones comunes  
ha acabado con nuestro mundo de sueños lúcidos,  
arrastrados por vientos sin retorno.

Nada, si no es el aire me acerca tu olor,  
Nada, sino en el agua de la lluvia  
en la que se diluyen mis lágrimas amargas.  
Todo es fuego voraz  
que va consumiendo el amor  
asolando la tierra que piso desilusionada.  
Todo y nada: en el aire, en el agua,  
en el fuego y en la tierra.  
Nada nada entre las olas de tu desamor  
y todo vuela y se esfuma con el cierzo de la tierra.

Ahora sólo me queda saber curarme de ti:  
dejar de pensarte, de sentirte, de amarte,...  
Me receto tiempo, resignación, aislamiento.  
Quizá su paso me haga entender la realidad  
y aceptarla para colocar las cosas en su sitio.  
Creo que su paso, aunque lento, será el mejor betadine,  
el que, tal vez, me permita cicatrizar las heridas.

Porque ahora, sin tu amor y con el mío bullendo,  
me encuentro como si saliese de un manicomio  
para enterrarme en un panteón en vida.

Todo son reales despertares de deseos rotos.  
Todo son falsos despertares de promesas cumplidas.  
Ahora, ¡todo es nada!  
Sí, todo es nada ahora que te siento lejos;  
y así me quedo,  
atrapada en este mundo vacío,  
anodino, turbulento y sin sentido.  
¡En este infierno de escarcha!

## MI ALMA ATRAPADA EN UN SUEÑO

Silva el viento,  
con esa melodía que acompaña mi pensamiento  
enfrascado en un sueño.  
Ilusión que despunta cada mañana  
como el sol alboreado al romper el día.  
Mi anhelo luce ininterrumpidamente  
en la cadencia sinuosa del paso del tiempo  
pero con el miedo de que,  
lo que hoy es oro y brilla,  
se cubra con la herrumbre de la intemperie inclemente.

Mi sueño es una quimera siempre presente  
que se ha adueñado de mi futuro ser:  
expectante, inquieto y a la espera,  
como espejismos de luces y sombras.  
Porque, a veces, arrebata la luz al día,  
otras, prende candelas en las noches,  
que únicamente languidecen  
con el telón de los párpados que adormecen mis ojos

y me pierden en otros mares de sueños.

¡Mares de sueños tan distintos a mi sueño!  
Porque éstos son los del inconsciente  
los que, al despertar, ni siquiera recuerdas colores,  
pues se desvanecen tan pronto se levanta la cortina del  
día. Sin embargo, mi sueño de despierta,  
el que se mezcla con mil y una tareas cotidianas,  
el que reina y late en mi interior  
desde los veinte años,  
y que, pegado como lapa a su roca,  
a los cuarenta perdura,  
vive en mi corazón coraza,  
en cofre cerrado a cal y canto,  
preservado de oídos curiosos  
y alejado del más allá de las miradas.

Pero, a veces, la esperanza se me va marchitando  
y tan apenas puedo aquietar la impaciencia.  
Una esperanza que a mis cuarenta y muchos  
brama en mi interior furiosa, y, del estruendo,  
desprende los pétalos de la rosa que de joven fue  
capullo quedándose mi cuerpo yerto y al descubierto:  
solo, estéril, glacial y aterido.

Mi deseo es galope de luz que se amontona  
en la infinitud cortante de los días,  
¡De mis días! ¡De los años!  
De los años que a mi espalda cabalgan  
irremediabilmente conmigo,  
cargados sobre el alma atrapada:  
sobre mi alma atrapada por el sueño.  
MI ALMA LIBERADA DEL SUEÑO

¿Para qué seguir atrapada en el sueño  
si la frustración me mostraría sus dientes hirientes?  
Me siento escolopendra de cien pies  
que ha dado demasiados pasos en busca del sueño  
sin llegar a ninguna parte.

Ahora, dejados atrás los cincuenta, en el declive,  
soy bitácora sin brújula y desorientada.  
Intento que el eterno sueño  
se vaya colando por una rendija oscura,  
entre dos sombras de la memoria,  
y que caiga cada vez más profundo  
en un departamento del baúl del olvido.

Porque cuando eres consciente  
que se ha despedazado el sueño,  
el que ha permanecido durante tanto tiempo  
asido al pensamiento,  
no hay nada peor que encontrarte a solas  
y con la noche al lado o, todavía peor, dentro.

¿Para qué seguir atrapada?  
¿Para qué amarrarse a un remo de barca sin agua?  
¡Para qué!  
Si la mecha de una vela no prende  
cuando se ha derretido la cera;  
ni en los campos después de la siega  
crece ya ninguna espiga.  
Si las rosas, tan pronto pierden sus pétalos,  
no pueden retornar a capullo;  
¡Ni las mariposas a orugas!

Al menos, en lo que es percedero,  
son imposibles estos tipos de utopías.  
Por desgracia, el tiempo corre sin detener su paso,  
a veces, sin darnos cuenta, de puntillas,  
convirtiendo lo caduco en irreversible.

Por eso, como si llevase mortero y almirez en mano  
trituraré los pedacitos del sueño  
para liberar mi alma de la telaraña  
que la ha tenido tanto tiempo apesada.

¡Sueño. Lindo sueño de haber sido madre,  
como utopía actual que eres,  
aléjate, y deja mi alma en calma y liberada!  
Porque nadie puede con las leyes del tiempo;  
nadie puede arrancar al tiempo sus verdades.

Además, el sueño  
tal vez... y solo tal vez...  
haya sido una efímera ilusión,

si por fugaz se entiende  
la que ha perdurado los años cardinales de mi vida.  
Una quimera que mi mente ha creado  
para un vacío que siempre ha existido.

Eurídice



III Certamen de Poesía y Relato  
“Poeta Guillermo Fernández Rojano”  
Categoría Escolar





*Veinticuatro Rosas y un Clavel*

Lucía Cárdenas Soldán  
Chiclana de la Frontera

Primer premio  
Modalidad Relato Categoría Escolar  
III Certamen de poesía y relato  
Guillermo Fernández Rojano





“24 ROSAS Y UN CLAVEL”  
“RESIDENCIA LA ESPERANZA, 26 -  
SEBASTIÁN RUÍZ”.

Eso era lo único que contenía el papel que iba conmigo cuando llegué al orfanato y que me entregó el director el día de mi 18 cumpleaños. Una dirección que días más tarde me propuse encontrar y que sin duda iba a marcar el inicio de otra etapa en mi vida. Poco, por no decir nada, conocía de mi pasado. Por lo que me habían contado, perdí a mis padres en un accidente de tráfico cuando yo era sólo un bebé de pocos meses. Sólo tenía un abuelo, que vivía en una residencia y no pudo hacerse cargo de mí en aquel tiempo. Pero ahora que conozco su nombre y su dirección abandono el lugar donde he crecido durante 18 años y mi mayor deseo es encontrarlo para que me explique algo más sobre mi familia.

Aunque no tengo malos recuerdos del orfanato, porque allí he sido feliz en mi infancia y en mi adolescencia, en el que he conocido a verdaderos amigos y a cuidadores que ya son como parte de mi familia, es un lugar que a la vez, provoca mucha tristeza. Tristeza porque cuando miras a tu alrededor, cada niño, cada niña, tiene una

historia a sus espaldas y no precisamente una historia con final feliz. En aquel lugar te sientes sólo, algunos reciben visitas de familiares, otros son adoptados y finalmente cuando llegas a los 18 años te dan la opción de poder salir y hacer tu vida fuera de allí, seguir con tus estudios, buscar un trabajo... Pero para mí, realmente mi motivación en estos momentos era encontrar a mi abuelo con vida.

Y allí estaba yo, un caluroso lunes de agosto llamando al telefonillo de la residencia "La esperanza", curiosamente esa misma palabra no paraba de repetirse en mi mente. Tuve suerte, una cuidadora me acompañó hasta su habitación, la 208 para ser exactos, situada al final de un largo pasillo en la 2ª planta.

- Hoy está tranquilo, acaba de tomar su medicación, a pesar de su edad es una persona muy activa, pero necesita sus horas de descanso, así que no prolongue mucho su visita. -Me iba diciendo su cuidadora por el pasillo de camino a la habitación.

Nunca antes me habían temblado tanto las piernas como me temblaban en ese momento. Llamé a la puerta, que estaba un poco entreabierta, y entré. Era una habitación amplia y muy luminosa con una gran ventana con vistas al jardín.

En la mesita de noche pude ver que tenía un pequeño retrato de una mujer con un bebé en brazos y al lado había una foto en blanco y negro de una pareja de jóvenes novios enamorados en el día de su boda. Sospecho que serían él y mi abuela el día que se casaron. En un rincón de la habitación, estaba él, con pelo blanco, barba desaliñada y gafas, sentado en un sillón leyendo atentamente un libro que, por su apariencia, parecía bastante estropeado.



Sólo pronuncié dos palabras: "Buenos días". Él apartó la vista del libro y se quedó mirándome fijamente. No tuve que decir nada más, enseguida supo quien era yo.

- Sabía que algún día me ibas a buscar, sabía que iba a volver a verte. Estás hecho un hombre, ya no eres el bebé de la foto. ¡Me alegro tanto de que estés aquí! -Así de emocionado me recibió mi abuelo, con un fuerte abrazo y una gran sonrisa.

Yo también me quedé por un momento sin palabras, era una sensación extraña, era como estar con una persona que acababas de conocer y que parecía que lo conocía de toda la vida. Ese día no quise alargar mucho la visita y haciendo caso a su cuidadora me marché para dejarlo descansar. Aunque él estaba físicamente muy bien, no dejaban de ser demasiadas emociones para una persona de tan avanzada edad el mismo día.

Al día siguiente, volví a visitarlo. Entré en aquella habitación que parecía tener un encanto especial, tal vez por la iluminación o por su situación, pero me llenaba de paz cuando entraba allí. Esta vez quise saber más, así que le empecé a preguntar por mis padres y demás familia. La verdad que no dejaba de ser todo un misterio. Al quedarme



huérfano tan pequeño no tengo ningún recuerdo de nada ni de nadie. Pero parecía que mi abuelo no quería contarme toda la verdad así de pronto, o por lo menos esa era mi intuición. Se agarró a mi brazo y caminando muy despacio hacia la puerta dijo: hijo, vamos a dar un paseo por el jardín, un poco de aire nos vendrá bien.

Caminamos un poco y luego nos sentamos en un banco que estaba enfrente de una bonita fuente adornada con claveles y rosas.

- ¿Sabes qué? ¡Me encantan los claveles! Es una flor muy elegante, que hacen al hombre todo un caballero. Yo de jovencuelo siempre llevaba un clavel rojo en el ojal de mi chaqueta. Y esas rosas le encantaban a tu madre, recuerdo que siempre en su cumpleaños le regalaba un ramo de rosas blancas y a ella le encantaban más que cualquier otro regalo. - Recordaba mi abuelo mirando fijamente hacia la fuente.

- Hijo, ya es hora de que sepas toda la verdad, han pasado 18 años y no te lo puedo ocultar más. Tu madre no falleció en un accidente de tráfico. Y tu padre tampoco. - Justo en ese momento palidecí al oír esas palabras de mi abuelo.

- Tus padres, al principio fueron felices, pero la vida de tu madre siempre estuvo marcada por la sombra de los malos tratos por parte de tu padre. Tu padre bebía demasiado y su comportamiento con ella no era del todo correcto. Ella tenía 24 años cuando nos dejó. Cuando tú naciste, parecía que iba mejorando la situación, pero no, no fue así. Una fría noche de invierno tu padre volvió a casa muy bebido. Por lo que me contaron, oyeron gritos discutiendo hasta altas horas de la madrugada. Tú estabas en ese momento en los brazos de tu madre con apenas 4 meses, llorando asustado. Sin mediar palabra, aquel hombre sin corazón que un día te dio la vida, se la quitaba a mi hija de repente, sin poder defenderse y lo peor de todo, contigo pegado a su pecho. - Relataba mi abuelo con la voz entrecortada y con lágrimas recorriendo su rostro.

Atónitamente lo miraba y no supe qué decir. Toda la vida creyendo lo que me dijeron en el orfanato, que mis padres fallecieron en un accidente de tráfico. Ahora mi vida se desmoronaba por completo. ¿Cómo podía ser que mi propio padre le quitara la vida a mi madre de esa cruel manera? Un ser tan despiadado con esas manos manchadas de sangre... no, no podía ser, me costaba aceptarlo...

- Siento mucho ocasionarte esta terrible tristeza, pero tenías que saber la verdad, tú me buscaste y tú querías que te lo contara. Tu padre sigue en la cárcel y ahí debe quedarse el resto de su vida por lo que hizo. - Proseguía mi abuelo echándome el brazo por mi espalda intentando tranquilizarme.

En ese momento metió la mano en su bolsillo y me dio una llave. Era la llave de la casa donde vivían mis padres y donde ocurrió todo. Me dijo que esa casa había estado cerrada durante 18 años, nadie más, aparte de la



policía aquella noche, había entrado más allí.

No tuve intención o tal vez no estaba preparado, en un principio, para entrar en aquella casa donde quizás, pudiera revivir algunos recuerdos que jamás existieron al ser un bebé cuando ocurrió todo. Pero finalmente, me armé de valor y entré.



Sabía que detrás de aquella puerta blanca de madera envejecida iba a encontrar una historia que no iba a ser muy agradable, pero necesitaba encontrarme con aquella historia. El suelo desquebrajado de madera, pasada por el paso del tiempo, crujía con cada paso que daba. Me dirigí a la que podría ser mi habitación.

Las paredes cubiertas de humedad, aparentemente pintadas de azul con algunas rosas blancas estampadas, no dejaba lugar a dudas, era mi habitación. No pude contener las lágrimas durante todo el trayecto. Un biberón vacío en una mesita y un chupete justo al lado de una foto de mi madre conmigo en brazos, que por cierto, era la misma foto que tenía mi abuelo en su habitación de la residencia. La cogí y la abracé fuertemente contra mi pecho con infinitas ganas de que algún día nos volviéramos a encontrar.

Se me partió el alma. Avancé hasta una cuna blanca de madera, que tenía grabada mi nombre en uno de los laterales. Alargué la mano y cogí una mantita que había dentro. No pude más, llorando desesperado salí con la



manta en mis manos de aquel lugar. Necesitaba estar solo y ordenar todo en mi cabeza aunque ya nada tenía solución.

Por fin sabía la verdad, pero una terrible verdad que jamás pude imaginar. Con respecto a mi padre, prefiero no opinar. Destrozó su vida y la de una familia entera. Sólo espero que tenga una vida lo suficientemente larga para poder pagar por todo lo que hizo.

En los días posteriores quise estar solo conmigo mismo, intentando asimilar todo lo sucedido en mi joven cabeza que había estado viviendo un mundo paralelo al que realmente existió.

Cuando pude reorganizarme y tener el valor de seguir adelante, me armé de valor y volví a visitar a mi abuelo de nuevo a la residencia. Yo ya estaba más tranquilo, pero sentí que dejé a mi abuelo bastante preocupado aquel día.

- Buenos días, por favor, quería visitar a mi abuelo que está en la habitación 208. - Dije a la chica de la recepción.

- Perdona pero esa habitación está libre en estos momentos. - Me contestó la chica mirándome un poco sorprendida.

- ¿Cómo que está libre? No puede ser, tiene que haber un error, hace sólo unos días estuve ahí con él, Sebastián Ruíz se llama, compruébelo de nuevo por favor - Le dije enseguida poniéndome cada vez un poco más nervioso.

Sin decir nada más, me dirigí rápidamente hacia el pasillo donde se encontraba la habitación de mi abuelo. Entré sin llamar. Efectivamente, no había nadie, ni signos de haber estado nadie allí a corto plazo.

Todo estaba recogido, ni rastro de su ropa, ni de las fotografías de la mesita, nada de nada. Incluso noté la habitación más apagada, no tenía la misma iluminación de días atrás. Por un momento me hizo presagiar la peor de las noticias.

Volví a recepción para que me informaran qué le había sucedido a mi abuelo y el por qué no me habían avisado. Pero al ver la cara desconcertada de la chica de la recepción, me puse aún más nervioso.

- Lo siento, no es un error, no tenemos constancia de que esa persona haya estado en esa habitación en estos días como usted dice. Esa habitación, la 208, lleva vacía bastante tiempo. La última persona que estuvo allí, fue una señora, pero no es el nombre que usted me indica.

Aunque espere un momento... - Empezó a abrir archivos del ordenador hasta que apareció

por fin el nombre de mi abuelo.

- ¡Aquí está! Sebastián Ruíz. Pero... es muy extraño, ¿Cuándo dice que estuvo aquí la última vez visitándolo? - Me preguntó la chica extrañada.

- Fue hace exactamente 5 días, estuvimos dando un paseo por el jardín sentados en un banco que hay enfrente de una fuente. - Le contesté.

- Pues sí, su abuelo ciertamente estuvo viviendo en esta residencia, en esa misma habitación durante quince años, pero lamento decirle que hace tres años que falleció a consecuencia de su enfermedad, el alzheimer. Lo siento, no tengo más datos que aportarle. - Terminó diciéndome la chica quizás más asombrada que yo por aquella situación.



Me marché de allí, perplejo, no entendía nada. Tenía claro que no había sido un sueño, que la visita a aquella habitación de mi abuelo fue real.

Me fui caminando sin rumbo durante horas, intentando asimilar todo lo que me había pasado en los últimos días, pero por más que le daba vueltas, no conseguía encontrar una explicación coherente. Si yo no hubiera encontrado a mi abuelo, si yo no hubiera hablado con él, ¿Cómo iba a tener la llave y la mantita que cogí de aquella casa?

Pienso que tal vez fue una señal del destino y que mi abuelo vino sólo para ayudarme y contarme toda la verdad de lo que realmente sucedió en el momento preciso.

Ahora que ya sé quien soy, ahora que ya conozco mi pasado y todo lo que lo rodea, sólo tengo palabras de agradecimiento a aquellas personas que en su momento, me cuidaron e intentaron que fuera lo más feliz



posible y creciera en un entorno sin violencia ni maldad, convirtiéndome en el hombre que ahora soy, con mis virtudes y mis defectos, pero sobre todo en un hombre que respeta a las mujeres por encima de todo.

Y ahora que estoy aquí, sentado junto a la tumbas

de mi madre y de mi abuelo, me viene a la mente la imagen de una mujer que, sin conocerla, tuvo que ser una madre maravillosa por defenderme hasta en sus últimos momentos de su vida; y a ti abuelo, que te conocí en la 208 o tal vez no, eternamente agradecido por contarme toda la verdad desde donde quieras que estés. Ya no tengo miedo a la muerte, ni a nada en este mundo.

- Hoy te dejo aquí, mamá, una rosa por cada año que tenías de vida cuando te marchaste, 24 rosas; y un clavel para ti, abuelo, de esos que te gustaban y que seguro siempre fuiste en vida y serás en el cielo aquel elegante y humilde caballero.



¡Hasta siempre, os quiero!

LUNALUZ



Otros estudios locales relacionados con  
la poesía  
III Certamen de Poesía y Relato  
“Poeta Guillermo Fernández Rojano”

**Un poema entre los papeles de  
Pedro Ambrosio de Olivares**

Sergio Rodríguez Tauste  
Cronista Oficial de la villa de Orcera





## **Aproximación a la vida de Pedro Ambrosio López de Olivares**

Durante el proceso de clasificación de la documentación conservada por la familia Ruiz-Azuaga Olivares localizamos un conjunto de documentos de Pedro Ambrosio López de Olivares (1743-1819), natural de Santiago de la Espada, que fue auditor en el Tribunal de la Provincia Marítima de Orcera. Se trata de un personaje muy poco conocido que dio origen a un de los linajes familiares mas importantes de la primera mitad del siglo XIX en Orcera.

La propia documentación conservada en su archivo personal contiene un pequeño opúsculo con su biografía.<sup>1</sup> Nacido en Santiago de la Espada, el 7 de diciembre de 1743, fue clérigo de primera tonsura y durante tres años estudió Filosofía Peripatética y Moderna en el Colegio de San Esteban de Murcia. Fue presidente Filosofía de las academias de Santa Quiteria y Santiago en Murcia en torno a los años 1764 y 1767. Estudió durante dos años Teología Escolástica en el Colegio de la Purísima Concepción de Murcia donde obtuvo el cargo de vicepresidente de esa facultad en la Academia de Santa Quiteria. En el Colegio de San Fulgencio de Murcia estudió las Instituciones Civiles del emperador Justiniano y posteriormente estudió durante dos años sagrados cánones en la Universidad de Granada donde se graduó de Bachiller. Fue académico de la nueva Academia de Práctica erigida por el Real Colegio de Abogados la Chancillería de Granada.

En 1772 intentó acceder a la canongía doctoral de la iglesia de Castellar, en Jaén, y continuó sus estudios en el

<sup>1</sup> Archivo Familia Olivares. Caja 1, pieza 8.

Arzobispado de Toledo hasta 1774 en que fue nombrado abogado de la Chancillería de Granada. Desde ese mismo año estuvo vinculado a los tribunales de Marina de la Provincia Marítima de Segura de la Sierra, que tenían su sede en Orcera.

Pedro Ambrosio contrajo matrimonio con Gila Irene Álvarez de la Vega y tuvieron tres hijos Casiano, Juan Antonio y Pedro. Casiano contrajo matrimonio con Dolores Robles Guillén siendo el punto de origen de la rama de la familia de los Olivares González. Su hermano Pedro (1777-1831) lo hizo con María Antonia Mejías Román Salcedo (1803-1878). Uno de los hijos de este matrimonio, Narciso (1828-1891), fue el que dio origen las diversas líneas familiares que mantienen el apellido Olivares en Orcera a través de su entronque vía matrimonio con la familia De la Parra. Bernardino Ramón Olivares López (1850-1931), hijo de Narciso, contrajo matrimonio con Carolina de la Parra López (1862-1932), hija de Genaro de la Parra Aguilar.

El 3 de mayo de 1802 fue nombrado auditor de Marina por Carlos IV, cargo en el que estuvo hasta su jubilación el 13 de diciembre de 1817. Dos años después fallecía.

### **Sobre el poema**

Esta composición poética fue descubierta durante el proceso de clasificación de la documentación de la familia Ruiz-Azuaga Olivares. Se trataba de un conjunto de documentos de origen familiar en el que había escrituras de propiedades, censos y otra documentación asociada a la labor de Pedro Ambrosio Olivares en el Tribunal de la Provincia Marítima de Orcera. También había otros documentos relativos a los hijos de Pedro

Ambrosio y otros descendientes. En la actualidad esta documentación se conserva en el Instituto de Estudios Gienneses al ser donada por la familia junto a la biblioteca que tenía la familia.

En un primer momento al ver esta composición pensamos que se trataba de una obra original de Pedro Ambrosio, aunque al hacer un análisis exhaustivo de la misma hemos podido determinar que se trata de una de las composiciones publicadas en obras como *El oráculo de los preguntones*. Una curiosa obra que se ha venido editando hasta nuestros días consistente en la adivinación a través de naipes, dados o papeletas anotadas. Se trata pues de uno de los versos de un juego de sortiaría, de la adivinación de sucesos futuros a través de la suerte. Una obra<sup>2</sup> que se ha llegado a atribuir a Sor Juana Inés de la Cruz. Las actividades de sortiaría estaban presentes en la sociedad española del Antiguo Régimen y hasta el punto que poco después del descubrimiento de América, la encontramos presentes en estos nuevos territorios a través de los españoles que emigraban a los virreinos. Se trataba de una actividad prohibida y perseguida por la Inquisición, aunque la constante referencia a este tipo de publicaciones en los listados de libros prohibidos nos induce a pensar en que la práctica de juegos de adivinación estaba muy extendida entre las oligarquías y clases pudientes que tenían acceso a la cultura y a las publicaciones impresas.

*El oráculo de los preguntones* ha tenido mucha difusión en la cultura mexicana y española donde podemos

---

<sup>2</sup> La atribución a Sor Juana Inés de la Cruz de esta obra se debió a Manuel Toussaint en su recopilación titulada *Poemas inéditos, desconocidos y muy raros*, publicada en México en 1926, aunque este extremo fue puesto en duda por otros investigadores como Alfonso Méndez Plancarte.

encontrar referencias a ediciones antiguas, aunque en España lo encontramos en algunas de sus versiones en ediciones de 1832 y presente en algunas recopilaciones de este tipo de publicaciones como por ejemplo el *Libro de las tertulias*, impreso en Valencia en 1843 donde podemos encontrar algunos de los versos escritos por Pedro Ambrosio.<sup>3</sup> En algunos casos estas composiciones están modificadas y presentan muchas variaciones fruto de las reediciones de las obras, la falta de un autor claro y las versiones de las mismas que iban evolucionando a través de las distintas ediciones a lo largo del tiempo. En este sentido encontramos muchas variaciones respecto a los versos manuscritos de Pedro Ambrosio.

La composición poética manuscrita de Pedro Ambrosio López de Olivares la reproducimos a continuación y en dos imágenes del texto original.<sup>4</sup>

Norte

1º Ni en pérdida ni en ganancia  
jamás Norte tuvo parte  
consúltale al tres de Marte  
y resolverá tu instancia.

2º De su amor en la observancia  
da muestras tan relevantes  
que puede ser entre amantes  
el molde de la constancia.

<sup>3</sup> ANÓNIMO (1843): *El libro de las tertulias dividido en cuatro partes y arreglado a 4 horas, de varios juegos, para las noches de invierno compuesto por el Tío Pancho el Gabulista*. Tercer libro de las tertulias. El oráculo de los preguntones, en verso para las horas de 9 a 10. Imprenta de Julián Mariana. Valencia. Pág. 47. Contiene la primera estrofa de la composición de Pedro Ambrosio.

<sup>4</sup> Archivo Familia Olivares. Caja 1, pieza 2.

3° Hombre deja esa simpleza  
desecha tal pensamiento  
que puede que el casamiento  
te de luego en la cabeza

4° En el seis de aqueste signo  
se desata tu propuesta  
ten paciencia en la respuesta  
que norte es poco benigno

5° La impaciencia que te acaba  
demás, a inquietarte pasa  
ten paciencia que tu casa  
esto lo mismo que estaba

6° Ni en la villa ni en la corte  
tu socorro se previene  
porque tu genio que tiene  
la cabeza puesta al norte

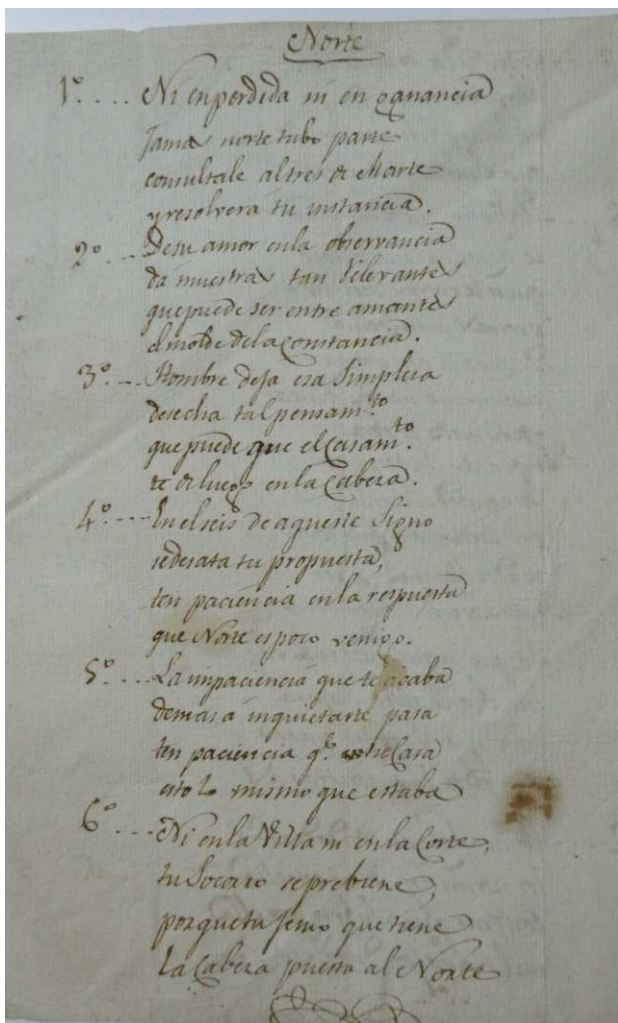
7° Si tu vida es escandalosa  
a la justa razón cede  
tu astro feliz te concede  
una suerte venturosa

8° El signo que te domina  
te asegura misterioso  
que si te entras religioso  
servirás en la cocina

9° Desengaño a tu propuesta  
en ti mismo has de buscar  
y de tu modo de obrar  
inferirás la respuesta

- 10° Aunque te de sentimiento  
mi predicción has de ver  
madre llegará a ser  
mas no serás de convento
- 11° Lo que aquí buscando vas  
este signo no lo inspira  
corre ya Júpiter mira  
y en el dos lo encontrarás
- 12° Como salgan verdaderos  
los anuncios de mi estrella  
tendrás que sufrir por ella  
mil trabajos duraderos

## Láminas





- 7... Situ vida escandalosa,  
 alajunta raxon cede,  
 ni haire felix te conced,  
 ma Suerte venturosa.
- 8... El Signo que te domina  
 te asegura misterioso  
 que te entra Religioso,  
 servira en la locura
- 9... Desengano am propuesta,  
 en minimo has de buscar  
 y en tu modo de obrar,  
 inferiras la respuesta
- 10... Un quiete de desentio.  
 mi produccion has de ver  
 madre llegaras a ser,  
 mas naceras de fombento.
- 11... Lo que aqui buscando vas  
 este signo nolo inspira,  
 corre y a Jupiter mira  
 y en ellos lo encontraras
- 12... Como Salgan verdaderos  
 los anuncios de mi estrella  
 tendras que sufrir por ella  
 mil trabajos duraderos

## Bibliografía

- ANÓNIMO (1832): *El oráculo de los preguntones. Juego de veinte y cuatro preguntas y doce respuestas cada una, puestas en verso para diversión de las tertulias.* Imprenta Calle del Amor de Dios, librería Cuesta. Madrid.
- ANÓNIMO (1843): *El libro de las tertulias dividido en cuatro partes y arreglado a 4 horas, de varios juegos, para las noches de invierno compuesto por el Tío Pancho el Gabulista.* Imprenta de Julián Mariana. Valencia.
- CRUZ, Sor Juana Inés de la: (1926): *Poemas inéditos, desconocidos y muy raros descubiertos y recopilados por Manuel Toussaint.* Imprenta de Manuel León Sánchez. México.
- (1952) *Obras Completas*, Tomo II, Edición y notas de Alfonso Méndez Plancarte. Fondo de Cultura Económica. México.



Índice

Presentación

### **III Certamen de Poesía y Relato “Poeta Guillermo Fernández Rojano” Categoría General**

*Los sin nombre.* Eduardo José Viladés Fernández de Cuevas (La Rioja). Primer premio modalidad relato. . . . 9

*El naufragio.* Juan Muñoz González (Gijón). Segundo premio modalidad relato. . . . . 27

*El canto de Parténope* Carlos Fernández Salinas (Gijón). Tercer premio modalidad. relato. . . . . 37

*El suelo que pisamos.* José Antonio Gago Martín (Segovia). Primer premio modalidad. Poesía. . . . . 57

*Uni-versos In-versos.* Isabel García Viñao (Jaca) Segundo premio modalidad poesía. . . . . 73

### **III Certamen de Poesía y Relato “Poeta Guillermo Fernández Rojano” Categoría Escolar**

*Veinticuatro Rosas y un Clavel.* Lucía Cárdenas Soldán (Chiclana de la Frontera) Primer premio. . . . . 89

### **Otros estudios locales relacionados con la poesía III Certamen de Poesía y Relato “Poeta Guillermo Fernández Rojano”**

*Un poema entre los papeles de Pedro Ambrosio de Olivares.* Sergio Rodríguez Tauste Cronista Oficial de la villa de Orcera. . . . . 103



AYUNTAMIENTO  
DE ORCERA